Recuerdos de Santafé

Soledad Acosta de Samper





Una campaña de fomento
a la lectura de la secretaría
de cultura recreación y deporte
y el instituto distrital
de las artes – idartes



Recuerdos de Santafé

Soledad Acosta de Samper

«Mi madrina»
«Un crimen»
«Una venganza»

Alcaldía Mayor de Bogotá
Gustavo Petro Urrego, Alcalde Mayor de Bogotá

Secretaría Distrital de Cultura, Recreación y Deporte
Clarisa Ruiz Correal, Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte

Instituto Distrital de las Artes – Idartes
Santiago Trujillo Escobar, Director General
Bertha Quintero Medina, Subdirectora de Artes
Valentín Ortiz Díaz, Gerente del Área de Literatura
Paola Cárdenas Jaramillo, Asesora
Javier Rojas Forero, Asesor administrativo
Mariana Jaramillo Fonseca, Asesora de Dimensiones
Daniel Chaparro Díaz, Coordinador de Dimensiones

Secretaría de Educación del Distrito
Óscar Sánchez Jaramillo, Secretario de Educación
Nohora Patricia Buriticá Céspedes, Subsecretaria de Calidad y Pertinencia
José Miguel Villarreal Barón, Director de Educación Preescolar y Básica
Sara Clemencia Hernández Jiménez, Luz Ángela Campos Vargas, Carmen Cecilia González Cristancho, Equipo de Lectura, Escritura y Oralidad

Primera edición: Bogotá, julio de 2013

Imágenes: portada: imagen institucional del «Año Soledad Acosta de Samper»; página 109: detalle de «Campesinos de las vecindades de Bogotá conducen pollos del campo a la ciudad» de Ramón Torres Méndez.

www.institutodelasartes.gov.co

ISBN 978-958-58018-0-6 (impreso)
ISBN 978-958-58486-9-6 (epub)

Edición: Antonio García Ángel
Diseño gráfico: Óscar Pinto Siabatto
Producción eBook: eLibros Editorial

Contenido

Cubierta
Libro al viento
Portada
Créditos

SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER (1833-1913)

RECUERDOS DE SANTAFÉ

MI MADRINA
Recuerdos de Santafé

UN CRIMEN

UNA VENGANZA
(Cuadros y costumbres populares)

SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER
(1833-1913)

SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER es, sin ninguna duda, la escritora colombiana más importante del siglo XIX y una de las más sobresalientes en América Latina. De sus ochenta años, dedicó sesenta a la escritura en una variedad muy amplia de registros y géneros: cuentos, novelas, ensayos, diarios íntimos, cartas, crónicas de viaje, artículos, traducciones, textos históricos y de divulgación científica, biografías, crítica literaria, teatro y cuadros de costumbres.

Su incansable actividad intelectual es producto, en primer lugar, de una crianza privilegiada. Su padre, el prócer independentista Joaquín Acosta, alternó su vida militar y política con la geografía, la mineralogía, la geología, el periodismo, la historia y la sociología. Su madre, Carolina Kemble Rou, nació en Jamaica y se crió en Estados Unidos. Soledad vivió sus primeros doce años en Bogotá, luego estuvo en Halifax, Canadá (1845-1846), Inglaterra (1846) y París, donde vivió en tres momentos de su vida, la primera de ellas entre 1846 y 1850. Aprendió francés e inglés, tuvo una vida cosmopolita en contacto con la cultura europea y los círculos intelectuales en los que participaba su padre.

De regreso a Colombia, en 1855 se casa con el político y escritor José María Samper, quien escribió novelas, artículos, libros de viajes, poesías, ensayos en diversos campos, textos históricos y sobre derecho; fue miembro de la Sociedad de Geógrafos de París, de la Sociedad Oriental y Americana de Etnografía y del Círculo de Sociedades Sabias. Con él, Soledad volvió a París entre 1858 y 1862, donde tuvieron cuatro hijas. Pese al malintencionado y falso chiste de «Soledad a costa de Samper», para señalar que su carrera y notoriedad se debían a su marido, el suyo fue un matrimonio que desafiaba las convenciones imperantes. A su manera, ella constituye en su obra y en su vida un precedente de ciertas premisas igualitarias que, con el tiempo, conquistarían los movimientos feministas.

A partir de 1859, Soledad empieza publicar textos, primero en *Biblioteca de Señoritas* y luego en *El Mosaico*, firmados con seudónimos, en los que explora distintos géneros, audiencias, temas y perspectivas. Son años de cambio y gran actividad intelectual, en el que las élites ilustradas escriben mucho, opinan y se asocian en diferentes tertulias y alrededor de diversas publicaciones, entre ellas *El Mosaico*, al que pertenecieron Soledad Acosta y su marido. A la sazón, estos núcleos intelectuales trataban de sacar adelante una noción de país a través de la historia, la gramática, la filología, la poesía y la geografía, entre otras disciplinas. Muchos procuraron trascender las diferencias ideológicas y las tensiones políticas que, finalmente, fueron más fuertes y terminaron por desembocar en la polarización y la violencia. En 1862 contratan a José María Samper para dirigir el periódico *El Comercio* y toda la familia viaja de Europa a Lima, donde Soledad y su esposo escribirán prácticamente entre ellos todas las entregas de una publicación anexa al periódico llamada *Revista Americana*. En 1863 regresan a Bogotá. Soledad seguirá escribiendo para *El Mosaico* y colaborando con *El Comercio* de Lima. Su lista de seudónimos se multiplica: S.A.S, Bertilda, Andina, Aldebarán, Renato y Orión, «sin que para ello influyera otro motivo que la natural desconfianza de echar a luz mi nombre», según las propias palabras de la autora en un texto posterior.

En 1869 sale a la luz una recopilación de textos narrativos que había publicado en diversos impresos, titulado *Novelas y cuadros de la vida suramericana* y publicado en Gante, Bélgica, en donde se incluye «Mi madrina» y «Un crimen»; el tercero de los relatos que aparecen en este *Libro al Viento*, «Una venganza», fue publicado en el periódico *El bien público*, en cinco entregas, entre el 11 y el 25 de noviembre de 1870.

El mismo año de aparición de «Una venganza», 1870, publica su primera novela histórica, *José Antonio Galán. Episodios de la vida de los comuneros*. Pese a que en 1872 mueren de una extraña enfermedad dos de sus cuatro hijas, y a que el presidente de la República Santiago Pérez persigue a su marido, les decomisa la casa donde vivían y una imprenta de su propiedad, Soledad Acosta logra mantener su hogar con la fuerza de su pluma y su dedicación a los negocios, y escribe más de veinte relatos y al menos ocho novelas durante la década de 1870.

Ese rasgo, su incansable capacidad de trabajo y escritura, es definitivo en cualquier biografía de Soledad Acosta de Samper. A lo largo de su vida fundó cinco revistas: *La mujer* (1878-1881), escrita enteramente por

mujeres; *La Familia*, *Lecturas para el Hogar* (1884-1885); *El Domingo de la Familia Cristiana* (1889-1890); *El Domingo* (1898-1899) y *Lecturas para el Hogar* (1905-1906). También fue colaboradora de *La Prensa*, *La Ley*, *La Unión Colombiana*, *El Hogar*, *El Deber*, *El Mosaico*, *Biblioteca de Señoritas*, *La Nación* y *El Eco Literario*, entre otras revistas periódicas colombianas. El libro de Carmen Elisa Acosta *Lectura y nación: novela por entregas en Colombia, 1840 a 1880* (2009) muestra que Soledad Acosta es la narradora más prolífica del momento.

A partir de 1880 empieza a predominar su escritura de recuentos históricos, sin que por ello abandone la ficción. En 1883 escribe *Biografía del general Joaquín París*, la cual es premiada en un concurso histórico-literario realizado para conmemorar el primer centenario de Simón Bolívar. A lo largo de su vida, Soledad publicará un total de 21 obras históricas. En 1884, a los 51 años, publica su primera obra de teatro, *Las víctimas de la guerra*. El 22 de julio de 1888, tras una enfermedad de seis meses, muere José María Samper. Soledad se va a vivir a París, donde en 1892 es nombrada Delegada Oficial de la República de Colombia al IX Congreso Internacional de Americanistas.

En 1895 publica su libro de ensayo *La mujer en la sociedad moderna*. A lo largo de su vida, Soledad Acosta escribió una serie de ensayos dirigidos a las mujeres. Preocupada por la posición de la mujer en la sociedad, ilustró con ejemplos la necesidad de la educación y señaló los medios para que las mujeres fueran protagonistas de su propia historia y reclamaran su posición tanto en la familia como en su rol social. Cabe decir también que era una mujer de férreas convicciones cristianas y produjo gran cantidad de textos moralizantes, por lo que sus reivindicaciones femeninas conviven con una normativa tradición. Esos contrastes y tensiones se evidencian de forma muy interesante en su narrativa, como sucede por ejemplo en «Mi madrina», cuya protagonista es una beata que fabrica licor a escondidas, y cuya relación con las criadas dista mucho de la bondad cristiana. Recordemos además que Bertilda, su hija mayor, ingresa en 1896 al Claustro de la Enseñanza contra la voluntad de su madre.

En 1902, Soledad Acosta es nombrada miembro honorario de la Academia Colombiana de Historia. En 1905 coordina las actividades relacionadas con el tercer centenario de *El Quijote*, en Bogotá. En 1910 se encarga de parte de la celebración del primer centenario de la Independencia. El 31 de julio de ese año muere Bertilda, después de una

larga enfermedad. Doña Soledad muere el 17 de marzo de 1913, con casi ochenta años de edad. Era una de las figuras más admiradas y respetadas en el mundo intelectual.

Sobre esta edición

Para «Mi madrina» y «Un crimen» tomamos la edición de Monserrat Ordóñez, mientras que para «Una venganza» recurrimos a la edición de Carolina Alzate. Los trabajos de ambas investigadoras, así como el de Flor María Rodríguez-Arenas fueron invaluables para la escritura de esta presentación; a ellas, además, se debe en gran medida el rescate, la edición y el estudio de la obra de Soledad Acosta de Samper.

Con estos tres relatos, la Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte, y la Gerencia de Literatura del Idartes, a través de su programa *Libro al Viento*, se suman al Ministerio de Cultura y la Biblioteca Nacional para conmemorar el centenario de su fallecimiento en las celebraciones del *Año Soledad Acosta de Samper*.

Bibliografía

ACOSTA DE SAMPER, Soledad, *Laura, Constancia y Una venganza. Tres novelas de Soledad Acosta de Samper*, edición, prólogo y notas de Carolina Alzate, Ed. Universidad de los Andes-Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 2013.

ACOSTA DE SAMPER, Soledad, *Novelas y cuadros de la vida suramericana*, edición y notas de Monserrat Ordóñez, Ed. Universidad de los Andes-Ed. Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 2004.

ACOSTA DE SAMPER, Soledad, *Novelas y Cuadros de la vida Sur-Americana*, Edición de Flor María Rodríguez-Arenas, Ed. Stockcero, S.F.

GORDILLO RESTREPO, Andrés, «El Mosaico (1858-1872): nacionalismo, élites y cultura en la segunda mitad del siglo XIX», en *Fronteras de la Historia*, No. 8, ICAHN, Bogotá, 2003.

Recuerdos de Santafé

Soledad Acosta de Samper



Mi madrina
Recuerdos de santafé

Siendo yo niño —de esto hace luengos años— cuando mi madre y mis hermanas preparaban algún amasijo o cosa delicada, para cuya cooperación no necesitaban de mis deditos que en todo se metían, ni de mi lengüita que todo lo repetía, todas decían en coro:

«Que lleven a Pachito a casa de su madrina». Yo escuchaba esta sentencia sin apelación, entre alegre y mohíno, y salía de la casa muy despacio, siguiendo a la criada a media cuadra de distancia, y deteniéndome a cada momento para atar las correas de mis botines y recoger la cachucha que me servía de pelota, y así distraía las penas de mi destierro.

Sin embargo, al llegar a casa de mi madrina, las delicias que me aguardaban allí me hacían olvidar las que perdía. Pero antes de entrar, digamos quiénes éramos mi madrina y yo. Yo (*ab Jove principium*),[1] era el último de los diez hijos que mi pobre madre dio a luz: mis nueve hermanas mayores no me idolatraban menos que las nueve musas a Apolo, y yo era naturalmente en la familia considerado como un fénix, un portento. En ella abundaban dos plagas: pobreza y mujeres. Mi padre, después de trabajar mucho y como un esclavo, murió, a poco de nacido yo, dejándonos escasamente lo necesario para vivir con humildad; mas a pesar de nuestra pobreza, vivíamos todos unidos y satisfechos: ¡*preciosa medianía*, por cierto, en la que se vive sin afanes y contento y tranquilo!...

Doña María Francisca Pedroza, mi madrina, tendría unos sesenta y cinco años cuando la conocí o, más bien, cuando mis recuerdos me la muestran por primera vez. Era la última persona que existía de esa rama de nuestra familia; se preciaba de haber conocido mucho a los virreyes y frecuentado el palacio en esos tiempos, y lamentábase amargamente de la Independencia que había sumido a su familia en la pobreza, quedándole a ella por único patrimonio una casita. Cada vez que estallaba una revolución, mi madrina se mostraba muy chocada, asegurando que este país no se compondría hasta que volvieran los españoles. Era de pequeña estatura y enjutas carnes,

morena, de tez de español viejo, es decir amarillenta, ojos negros y pequeños y nariz afilada; no debía, en fin, de haber sido bonita en sus mocedades, y mis hermanas sospechaban que por eso había permanecido soltera y era acérrima enemiga del matrimonio.

Vivía sola con dos criadas a quienes había recogido desde pequeñas, y a quienes no pagaba sino cómo y cuándo lo tenía por conveniente, dándoles su ropa vieja, larguísimos regaños y muchos pellizcos por salario; se mantenía haciendo dulces, bizcochitos, chocolate y velas, y sacando aguardiente, que entonces era de contrabando. Este último negocio lo procuraba ocultar a todos y particularmente a los muchachos; pero lo hacía con tanto misterio, que naturalmente picó mi curiosidad de niño; por lo que resolví averiguar a todo trance aquello que me ocultaban.

No tuve que aguardar mucho: un día se incendió algo en la cocina y tuvieron que abrir la puerta y salir al patio a buscar agua; aproveché ese momento de afán y penetré a hurtadillas al recinto vedado. Examiné, sin que cayeran en cuenta de mi presencia, las vasijas de extraño aspecto, y las maravillosas maniobras que se hacían allí. Inmediatamente que fui a casa y pregunté a mi hermana mayor lo que aquello significaba, me lo explicó, recomendándome el mayor sigilo, pues mi madrina correría riesgo si la policía lo llegaba a descubrir; guardé el secreto y mi madrina nunca supo que yo era poseedor de él.

Ahora veamos cómo era la casa en que vivía. La habitación de mi madrina, sita en las Nieves, no lejos de la Plazuela de San Francisco (perdone el lector, quiero decir, la Plaza de Santander), era pequeña, pero suficiente para su moradora: a la entrada, después de atravesar el zaguán empedrado toscamente, se encontraba un corredor cuadrado, separado del patiecito por un poyo de adobes y ladrillos, el cual estaba también empedrado, pero lleno de arbustos y flores, por lo que era para mi imaginación infantil un verdadero paraíso, que comparaba con los de los príncipes y princesas de los cuentos que me refería Juana, una de las criadas de mi madrina.

Todavía me represento aquel sitio como era entonces... veo el alto romero siempre florido, el tomate quiteño, el ciruelo y el retamo, a cuyo pie crecían en alegre desorden, en medio de las piedras arrancadas para darles holgura, algunas plantas de malvarosa, muchos rosales llamados de *alameda*, de Jericó, etc.; a la sombra de éstos se extendía mullida alfombra de manzanilla, *trinitarias* matizadas y olorosas —los *pensamientos* que

reemplazan ahora las trinitarias no tienen perfume—, y un fresal entre cuyas hojas me admiraba de encontrar siempre alguna frutilla. En contorno de la pared crecían algunas matas de *novios*, de *boquiabiertos* y de *patita de tórtola*. En el poyo que separaba el patio del corredor se veían tazas de flores más cuidadas: contenían farolillos blancos y azules, ridículos amarillos, oscuras y olorosas *pomas*, botón de oro y de plata, *pajaritos* de todos colores, y otras plantas; en las columnas enredaban *donzenones* y madreselvas; y por último, en el suelo, al pie de cuatro grandes moyas con su capa de lama verde —para coger agua en invierno—, se veían muchos *tiestos*[2] de ollas y platones rotos, en que crecían los piececitos que debían ser transplantados a su tiempo. Casi todas las flores que prefería mi madrina han perdido su auge y no se encuentran ya sino en las anticuadas huertas de los santafereños rancios.[3]

Después de merendar a las cinco con una hirviente jícara de chocolate, acompañada de carne frita y tajadas de plátano, queso y pan, mi madrina se envolvía en su pañolón de lana y, poniéndose un sombrero de paja que tenía para ese uso, salía al patio, armada de un par de tijeras, y podaba, componía y arreglaba su jardín; recortaba una flor aquí y allí para dármelas, y yo las recibía como un precioso regalo, pues era prohibido que tocásemos las flores.

Además de este patio había otro detrás de la cocina, en donde, alrededor de un aljibe, vivían multitud de gallinas, pavos y patos, y estaba el perro amarrado todo el día. También había una huerta en que crecían malvas, ortigas y yerbas en profusión, pero en cuyo centro se hallaban varios manzanos y duraznos, mientras que en las paredes del contorno se enredaban matorrales de *curubos* y bosquecillos de *chisgua*. A veces sembraban también algunas matas de maíz y de papas, pero las criadas no tenían tiempo para cultivarlas, y así rara vez se arrancaban en sazón.

La salita tenía una ventana alta que daba sobre la calle, con poyos esterados,[4] y en lugar de vidrieras un bastidor de percala.[5] Dos canapés forrados en damasco amarillo de lana, cuidadosamente cubiertos con sus forros blancos, dos *idem* de zaraza,[6] desiguales, cuatro grandes sillas de brazos y espaldar de cuero con arabescos dorados, y dos mesitas con sus cajones de Niño Dios, completaban el ajuar de la sala. Olvidaba decir que en contorno de los cajones de Niño Dios se veían monos, pavos, caballos, etc., hechos con tabaco y con pastilla popayaneja.[7] En la pared principal

había un cuadro grande representando a Nuestra Señora de las Mercedes, a cuyo pie estaban Adán y Eva en el paraíso terrenal, rodeados de fieras y en completa desnudez; ligereza de vestido que no pude comprender nunca cómo la toleraba mi madrina sin escandalizarse, pues ponía los gritos en el cielo e invocaba a todos los santos, si por casualidad veía a una de mis hermanas vestida para alguna modesta tertulia. Por último, había un *pequeño* San Cristóbal sobre la puerta de entrada, y un San Antonio sobre la de la alcoba. *Item* más: durante muchas semanas del año vivía en la mitad de la sala, cubierto con una colcha, un San Miguel que vestía mi madrina para la iglesia de San Francisco: lo disfrazaba a la *última* moda, con mangas anchas o angostas, corpiño alto o cotilla, según se usaba en los días de su fiesta; y se lo enviaban después a la casa para que le pusiera los vestidos viejos, buenos para el resto del año. Cuando alguno criticaba a mi madrina su manía de vestir al pobre arcángel como los figurines de modas, contestaba muy indignada: «¿Acaso los santos han de estar peor vestidos que ustedes?».

La alcoba con su cama de blancas colgaduras y su canapé alto de patas y brazos tallados y dorados —que ahora sería una curiosidad—, sus mesitas de costura y de hacer tabacos, sus baúles de extrañas formas y sus innumerables cuadros y estampas representando los santos de su devoción; aquel olor a rosa seca y a viejo, olor penetrante que tiene para mí tan tiernos recuerdos... todo eso vuelvo a verlo y a sentirlo en mis sueños de hombre ya viejo, y haciéndome niño otra vez, miro aquello con el encanto de antes, para despertarme con un doloroso suspiro.

Contiguo a la alcoba estaba el oratorio, muy pequeñito, pero muy adornado, y que todos los años llenábamos casi completamente con el pesebre.

Además de mi madrina, el tipo más curioso y digno de mencionarse que había en su casa era la criada más vieja, la pobre Cruz. Recogida desde su niñez en casa de mi madrina, y no habiendo podido desarrollarse ni crecer bajo el régimen severo que se observó con ella, su señora no podía convencerse de que no era niña, ni joven, y la reñía y le hablaba como a la infeliz *china*[8] que más de cuarenta años antes había quitado de entre los brazos de su madre, muerta de miseria a las puertas de su casa. Su madre había sido *voluntaria*, y no queriendo abandonar el regimiento que seguía, ¡prefirió morir más bien que descansar!

Cruz era pequeñita, gruesa, *cariafligida*, extrañamente fea, y tan inclinada al llanto que con la mayor facilidad prorrumpía en lágrimas y sollozos. Me gustaba mucho verla peinarse y coser, proezas que ejecutaba los sábados en la tarde sentada a la puerta de la cocina. Verla quitarse el pañuelo y contemplar su cabeza casi pelada, salpicada apenas por larguísimos mechones, que ella trenzaba cuidadosamente una vez por semana, era cosa de gran diversión para mí. Cruz, en el apogeo de su fealdad, se me aparecía como la personificación del ídolo japonés que había visto en el *Instructor*, y al recordarlo me causaba una risa tan homérica y contagiosa, que ella misma me acompañaba en mis carcajadas, diciendo candorosamente sin saber la causa de mi alegría: «¡El niño Pachito sí que está contento!».

La otra proeza, la costura, no dejaba tampoco de ser original: para economizar tiempo, según decía ella, como le costaba mucho trabajo ensartar la aguja —tanto había llorado que ya no veía— ponía una hebra tan larga que gastaba por lo menos cinco minutos en cada puntada, y casi lloraba cada vez que se le enredaba el hilo, lo que naturalmente sucedía sin cesar.

Casi toda la devoción de esta infeliz estaba concentrada en un santo, ya no me acuerdo cuál, cuya imagen tenía a la cabecera de su cama, y que decía ser milagroso porque se había retocado por sí solo. Efectivamente, la desteñida cara del santo y sus marchitos vestidos habían tomado repentinamente un color vivo, gracias a la paleta de uno de nuestros parientes que se había querido divertir burlándose de la pobre mujer; pero después la vimos tan feliz y satisfecha con el milagro, que nadie tuvo valor para desengañarla, y murió convencida de que el santo se había retocado por amor a ella.

Aunque mi madrina no había tomado hábito, su excesiva devoción y lo mucho que frecuentaba las iglesias le habían hecho llevar en nuestra familia el sobrenombre de la *beata*. Su vida era monótona al par que variada a su modo. A las seis y media le llevaban el chocolate a la cama, y después de tomarlo se ponía su saya de lana y su mantilla de paño y sombrero de *huevo frito*, y llevando muchas camándulas y libros de devoción se encaminaba a la Veracruz, la Tercera y San Francisco —rara vez pasaba el puente—, y acompañada por Cruz con un gran tapete quiteño debajo del brazo, oía muchas misas.

Conocía todos los frailes, sacristanes y legos, de pe a pa, y hablaba con ellos en voz alta en los intermedios de las misas, chanceándose con todos, con un desembarazo que sólo adquieren en las iglesias los que las frecuentan demasiado, porque olvidan lo sagrado del sitio y pierden el respeto a causa de la familiaridad que tienen allí.

A las ocho y media volvía a almorzar, veía las cosas de la casa, disponía los dulces, bizcochos y espejuelos[9] que debían hacer aquel día bajo los cuidados de Cruz y Juana, y después, si no iba a visitar a algún miembro de la familia, se subía al canapé de su alcoba y rezaba hasta que le llevaban una buena taza de chocolate a las once. Pero estas oraciones tenían los intermedios más graciosos: sin duda eran puramente maquinales, y estaba pensando en lo que se hacía en el interior de la casa; así es que a cada rato interrumpía el rezo para llamar a Cruz o a Juana, y si éstas no oían se bajaba del canapé y con la camándula en la mano corría a la cocina colérica y gritando: «¿metieron el almidón?, ¿les dieron de comer a los pisquitos?, ¿rallaron las cidras?»,[10] u otras cosas por el estilo. Si eso no se había hecho como lo tenía mandado, arremetía sobre las criadas, les tiraba las orejas, les daba empellones, y al verlas hacer su voluntad, dejando a Cruz bañada en lágrimas, volvía tranquilamente a sus oraciones.

A la una comía, y por la tarde se iba a oír algún sermón, o los días de fiesta salía con las criadas a visitar a alguna de sus vecinas o amigas viejas. Después de cerrar el portón con mil trabajos, pues era preciso que las dos criadas y la señora ayudasen a hacer dar la vuelta a la enorme llave en la cerradura, mi madrina la colgaba en seguida al brazo de Juana —para lo cual tenía una correa de cuero crudo— recomendando no la fuera a perder. A la oración volvía, e inmediatamente se reunían en la sala o en la alcoba a rezar hasta las ocho. Juana había aprendido a rezar dormida y de rodillas, pero la pobre Cruz no podía menos que cabecear de vez en cuando, atrayendo sobre su cabeza de mártir no muy blandos coscorrones. A las ocho y media todas dormían... Así pasaron los días en aquella casa durante más de sesenta años, sin otra variedad que la visita de alguna amiga o amigo viejo.

Entre estos últimos había varios frailes que iban de visita por la tarde, y después de tomar el chocolate con sus *arandelas* de bizcochos y dulces más de su agrado, noté que muchas veces cerraban sigilosamente la puerta de la sala y mi madrina entraba y salía con aire misterioso. Mucho tiempo permanecí sin poder descubrir lo que aquello significaba; pero una tarde me

oculté tras de un canapé y comprendí la causa del encierro. Después de cerrar la puerta, mi madrina entró, llevando algunas botellas de aguardiente y mistela,[11] y cuando hubo hecho probar a los dos frailes una copita de cada calidad, les llenó las botellas que habían llevado para el caso, y ellos, ocultándolas bajo sus hábitos, salieron con aire compungido y humilde.

Cuando alguno de los amigos o parientes de mi madrina enfermaba, la primera que se presentaba en la casa era ella: entraba hasta donde se hallaba el enfermo, sin que nadie la pudiese detener, lo examinaba con curiosidad y muy cariñosa le hablaba del riesgo que tenía de morir; lo exhortaba a que se arrepintiese de sus pecados, y al salir aseguraba a la familia que estaba muy grave el enfermo y que probablemente su muerte sería próxima, para lo cual era preciso prepararse con tiempo.

Cuando moría algún niño, la digna señora manifestaba mucho contento, y reñía a los padres porque lloraban en lugar de estar llenos de júbilo al recordar que el *angelito* estaba gozando de la presencia de Dios. Esto no lo hacía porque tuviera mal corazón, sino por un sentimiento de fe viva y verdadera, y un profundo y sublime despego de las cosas del mundo.

Lo que recuerdo de aquellos tiempos con mayor dicha es el pesebre. ¡Qué encanto era el mío y el de todos los muchachos de la familia cuando llegaba diciembre! Desde principios del mes empezaban las excursiones en busca de helechos y musgos con qué adornar el pesebre.

Comíamos muy temprano, mi madrina, mis hermanas y yo, con las criadas de una y otra casa, y nos encaminábamos al cerro. Cada cual llevaba un canasto a la medida de sus fuerzas y unas tijeras o navaja; nos dispersábamos sobre las faldas de Guadalupe, Monserrate o la Peña, y en donde quiera que encontrábamos alguna bonita rama de *chite*[12] o algún musgo o helecho curioso, lo arrancábamos con cuidado para qué no se dañase. Al principio yo empezaba a llenar mi canasto con mucho juicio; pero de repente lo abandonaba en manos de una de mis hermanas, y corría tras de algún brillante insecto o pintada mariposa, o atravesaba, haciendo maroma sobre las piedras, el río del Boquerón, y desde allí recitaba mis versos favoritos. Otras veces me subía a algún risco escarpado, en busca de *arrayanes*, *uvas de anís* o *esmeraldas*, u olvidaba mi canasto de musgos con el encanto de encontrar una matita cargada de *niguas*.[13]

¡Oh alegrías!, ¡oh emociones inocentes!... aún ahora, después de tantos años, y enfriado ya por la nieve del tiempo y de los desengaños, me siento enternecido cuando mis pasos me llevan a aquellos sitios poblados por los

dulces recuerdos de mi infancia. En cada pliegue de terreno, en cada piedra o risco veo aparecer retrospectivamente un niño risueño y feliz, en el cual con dificultad me reconozco...

Hasta que los últimos rayos del sol desaparecían de las más altas cimas de los cerros no pensábamos que era preciso volver a la casa; entonces, cansados pero formando proyectos para otro día (proyectos que rara vez se cumplían), contentos, alegres y llenos de esperanzas, bajábamos lentamente a la ciudad. A veces, antes de llegar, el sol se había ocultado completamente, y en su lugar la luna bañaba el tranquilo paisaje, iluminando a lo lejos las plateadas lagunas de la Sabana.

....

Así se pasaron años y años: me ausenté por mucho tiempo, viví, trabajé y sufrí en lejanas provincias, tuve penas y alegrías, inquietudes y satisfacciones; pasó mi juventud; murieron mi madre y mi madrina y se dispersaron mis hermanas, y tan sólo quedaban algunos pocos que recordaban nuestra niñez, cuando volví solterón viejo a Bogotá.

Busqué con tierno afán aquel rincón oculto donde se despertó mi espíritu, donde nacieron mis más puros afectos y empecé a pensar... pero todo había cambiado: ya la casa no es la triste morada (alegre para mí) de una pobre anciana, sino el moderno hogar de un joven literato de talento y esperanzas, que por suerte es uno de mis buenos amigos; no ha quedado ni una planta, ni una piedra de los viejos tiempos; pero allá en el fondo de mi corazón vive siempre tierno y amable el recuerdo de mi madrina, como la página más dichosamente tranquila de mi existencia.

Notas

[1] «Empecemos por Júpiter». Expresión de Virgilio (*Églogas* III: 60). En una contienda poética y musical, el pastor Dametas declara que va a empezar su canto por Júpiter, padre de todas las cosas: «De Jove es el principio, musas; todo está lleno de él; él tiene providencia en las tierras, él pone atención a mi canto». Quien lo usa quiere decir que va a comenzar por el personaje más importante. En el original aparece «jove», con minúscula.

[2] Vasijas de barro cocido.

[3] Las plantas enumeradas corresponden a un jardín cultivado de clima frío, que se valora por los colores de sus flores y sus aromas. Es un jardín ornamental, a diferencia del que se encuentra en el patio interior, dedicado a árboles frutales y hierbas medicinales.

[4] Bancos de piedra, con esteras.

[5] Americanismo. Percal, tela corriente de algodón que se emplea para vestidos de poco precio.

[6] Tela de algodón ancha y fina.

[7] Puede tratarse de la pasta hecha con aserrín y aglutinante que la ciudad de Popayán conserva aún en su tradición artesanal.

[8] Mujer encargada de los servicios domésticos. Con sentido despectivo o cariñoso, también se aplica a niños y adultos.

[9] Confitura de frutas, de consistencia compacta, transparente y brillante.

[10] El cidrón es una hierba aromática de la familia de las verbenáceas.

[11] La mistela es también una bebida alcohólica, pero preparada con aguardiente, agua, azúcar y otros ingredientes como canela o hierbas aromáticas.

[12] Arbusto de cuya madera se obtiene carboncillo para dibujar.

[13] Insecto semejante a la pulga; las hembras penetran bajo la piel y depositan allí sus huevos. Las crías producen picazón y úlceras graves.

Un crimen

Non vedes las yerbas verdes y floridas,
Que amanecen verdes y anochecen secas.

Juan Lorenzo[14]

I

En el promedio de un alto cerro y la llanura suavemente inclinada blanqueaban entre arbustos y bejucos las paredes de la estancia del Mirador; hacia atrás se levantaba el cerro cubierto de espeso monte, cuyos árboles crecían majestuosos cobijando la mole por entero, excepto los riscos de las cumbres que desnudos resaltaban contrapuestos al azul del cielo. La casita, situada sobre la falda, era más cómoda que las chozas comunes de aquellos parajes: tenía una aseada salita con su pequeña alcoba, aparte de la diminuta cocina; además, un gallinero bien provisto, el patio muy limpio, adornado con dos o tres matitas de rosa a cuyo pie habían puesto largas guaduas hendidas y llenas de agua para que bebiesen los animales: varios pavos graves y orgullosamente satisfechos barrían el suelo continuamente con las alas y marchaban por en medio de las prosaicas gallinas que no les hacían caso, o los miraban con cierto aire de burla: cinco o seis perros dormían todo el día cerca de la puerta de la casa y velaban toda la noche cuidando el haber de sus amos. De este patio situado en alta explanada, se bajaba por gradas hasta una vereda escarpada que descendía terminando en una llanurita sombreada por el frondoso y reluciente platanar, que interpolado de mangos, ciruelos y chirimoyos cerraba por este lado el paisaje inmediato, alegrado a derecha e izquierda por sementeras de maíz, yucas, batatas y otras plantas que formaban la riqueza de los habitantes del Mirador. Desde el patio se veía el camino para el Valle, que después de atravesar el platanar se perdía en el monte, apareciendo a trechos más abajo conforme se despejaba de árboles el terreno, hasta que por fin se ofuscaba enteramente en lontananza, donde se abría el valle entre dos cerros cubiertos de bosques

tras los cuales se divisaban varias cadenas de montes arrugados que formaban horizonte. Olvidaba decir que a menos de media cuadra de distancia de la casa corría un cristalino riachuelo, que bajaba jugueteando por entre la soberbia vegetación de las tierras templadas, y se detenía en un pozo sombreado por los árboles, bajo los cuales estaba la piedra en que se lavaba la escasa ropa de la familia.

Un claro y sereno sol de enero brillaba sobre aquel paraje, haciendo relucir todas sus bellezas y destacando y poniendo en relieve cada punto más digno de atención, como retoca el pintor la obra que concluyó. En el momento en que un hombre subía por el camino del platanar, una mujer con el pelo suelto y llevando un niño en los brazos asomaba por la estrecha vereda que conducía a la quebrada.

—¡Luz! —exclamó el hombre al verla—, ¿ya estás fuera de la casa?

—Sí —contestó ella sonriéndose, y apresurando el paso se llegó a aquel hombre, que era su marido y le estrechó cariñosamente la mano.

—La comadre Prudencia —añadió—, se fue esta mañana para su casa, yo estoy buena...

—¿Y el niño cómo ha seguido desde ayer?

—Míralo —contestó levantándolo hacia la cara del padre—; ¡parece que se ríe ya contigo! Y apenas tiene ocho días...

En eso llegó de la sementera con el azadón al hombro un niño de diez a once años de edad que había estado trabajando, y seguido por tres niños más pequeños, todos corrieron a recibir a su padre con exclamaciones de alegría.

—¡Juliana —gritó la madre—; baja el almuerzo que aquí está tu padre!

Una muchacha que apenas llegaría a los nueve años salió entonces a la puerta de la cocina con una humeante olla trabajosamente sostenida en ambas manos, y la depositó con mucho tiento bajo el alar, siendo aquél el centro del concurso de todos los miembros de la familia, que provistos de platos de barro y cucharas de palo, asaltaron briosamente la olla sacando del fondo de ella la parte que más les gustaba del sancocho de plátano verde con yuca y trozos de carne de marrano.

En seguida se sentaron en las piedras colocadas como estrado a entrambos lados de la puerta, y la madre se atareó a servir a los más chicos sin dejar de abrazar y arrullar al recién nacido; todos alegres, todos sanos y robustos, compitiendo en buen apetito, formaban un bello grupo de familia: el hombre con su ancho sombrero de paja que aún dejaba ver los extremos

de la ondeada cabellera negra: el rostro varonil animado por un par de ojos llenos de vida, mostraba cierta gracia innata en el ademán garboso con que levantó el canto de la ruana blanca sobre el hombro izquierdo: la mujer joven todavía, y aunque había perdido la frescura de la primera juventud, bella y airosa era la imagen de la actividad sonriente y del ingenuo cariño; los niños mayores, juiciosos y callados, atentos al sabroso almuerzo, y los pequeñuelos inquietos, preguntones turbulentos y cambiando de lugar a cada momento en el grupo.

—¿No te hacen a veces falta tu familia y tu pueblo, Luz? —preguntó el hombre, mientras que la mujer le servía otro plato de sancocho.

—No, por cierto; ninguna —contestó mirándolo cariñosamente—; aquí a lo menos vivimos tranquilos, sin aprehensiones ni afán.

—Pero con más pobreza de la necesaria —repuso él con cierta melancolía—. En los años que hemos vivido aquí, ya ves qué poco hemos ganado... Esto me desconsuela.

—¡Pero nada nos falta!

—Ni nos sobra...

Después de guardar silencio un momento continuó:

—En verdad, hoy vi en la plaza del Valle a don Bernardino.

—¡A don Bernardino! —exclamó azorada Luz—; no me lo digas... —y una expresión dolorosa inmutó su antes alegre fisonomía demudándola completamente.

—No seas aprehensiva —dijo el hombre acercándose para recibir al niño y arrullarlo en los brazos, mientras que la mujer ayudaba a su hija a recoger los platos; y añadió con ternura paternal—: ¿éste es el más blanco, no, Luz? El domingo lo llevaremos a bautizar; ¿qué día nació?

—El de la Cátedra[15] de San Pedro, 18 del mes... —contestó Luz, distraída y con visible inquietud—: dime —preguntó—, ¿qué vino a hacer hasta aquí don Bernardino?

—A intrigar en las elecciones, y lograr que lo nombren alcalde.

—No vuelvas al pueblo, Rafael, mientras ese hombre permanezca en el Valle.

—¿Y quién irá al mercado a vender los plátanos, las yucas, el maíz, y a comprar lo que se necesita?

—Yo.

—¡Tú! ¿Pero no comprendes que eso sería peor, porque él te vería otra vez?

—Él ni se acordará de mí después de tanto tiempo; pero estoy segura de que a ti no te ha olvidado, ni tampoco el odio que te tenía.

—¡Ah! Luz, te equivocas: don Bernardino sólo piensa en política y se ha vuelto muy amable.

—¿Con quién?

—Conmigo.

—¿Te vio? ¡Dios mío! ¡Dios mío!

—No solamente me vio sino que se me acercó y me habló.

—¿Y qué te dijo?

—Me preguntó por quiénes pensaba votar y me dio una lista para que fuera el domingo. Mírala, aquí la tengo: me la dio a pesar de que le dije que ésos no eran mis candidatos y que aquí nadie votaría por ellos.

Y sacando un papel ajado del bolsillo, se lo dio a Luz, quien lo recibió y lo abrió con un ademán de horror, lo que hizo reír a Rafael.

—Parece como si temieras que el papel fuese una culebra.

—¡Qué más culebra que el que te lo dio! No, ya se acabó la tranquilidad para mí: en adelante no tendré paz y jamás te dejaré ir solo al pueblo.

—¡Ya tengo quien me proteja! —dijo Rafael en tono de burla, y entraron a la casa, emprendiendo cada cual sus quehaceres.

II

El sol que había continuado su impasible marcha, se hallaba ya cerca del opuesto monte cuando Luz, Rafael y los niños tornaron a reunirse en el patio; los perros ladraban furiosamente hacía algunos momentos y toda la familia había salido a ver cuál era la causa de semejante alboroto. Cerca de la casa no había ninguna novedad, pero vieron brillar a lo lejos en el camino una, dos, cuatro armas, que luego ocultó el monte para reaparecer más cerca.

Luz se asió del brazo de su marido llena de temor, pero no dijo nada: un rato después se oyeron voces y pasos más cercanos y vieron que desembocaron por el camino del platanar cuatro hombres armados: tres con escopetas y uno con lanza. Rafael llamó a los perros que salían ya frenéticos del patio y se adelantó hacia los hombres. Tres eran desconocidos para él; pero no el de la lanza, que había sido alguacil en el Valle y se apellidaba Álvarez.

—¿A quién buscan ustedes, señores? —preguntó.

—¿Usted es acaso Rafael Rozo? —contestó uno de ellos.
—El señor me conoce —dijo mostrando al alguacil.
Este había permanecido detrás de los demás y contestó con embarazo:
—¿No les dije que aquí era la estancia de Rafael?
—¿Entonces en qué les puedo servir?
—¿Sabe usted leer? —preguntó el primero que había hablado.
—Yo no mucho, pero Luz sí. Ven acá —añadió llamándola y dándole un papel que le habían entregado—: lee esto.
Ella se acercó, y su mano temblaba tanto que apenas pudo abrir el pliego. Era una orden del alcalde para que Rafael Rozo compareciera inmediatamente a dar una declaración acerca de una riña que había presenciado esa mañana en el mercado del Valle.
—¿La que tuvo lugar entre Juan y Manuel? —dijo Rafael—; ¡pero si esa disputa no siguió adelante!
—¡Cómo no! Después que los separaron se volvieron a encontrar y se dieron hasta de cuchilladas.
—Yo no presencié esa parte.
—No importa. El señor alcalde quiere que se guarde orden a todo trance y desea indagar el origen de la pelea.
—Bien, pues —dijo Rafael—, mañana tengo que ir al pueblo y pasaré por allá.
—No es mañana, ha de ser ahora mismo.
—¿Pero no ven ustedes que no tendré tiempo de volver hasta tarde de la noche?...
—Hay luna; y sobre todo esa fue la orden que nos dio el alcalde.
—Vámonos, antes de que cierre la noche. ¡Apure!
—Aguárdenme un momento; voy a buscar mi sombrero.
Al entrar a la casa vio que uno de los hombres lo seguía, parándose en la puerta de la sala, mientras que otros dos se situaron detrás de la casa. Al punto Rafael comprendió que estaba preso, y aunque lo deseara no podría escaparse. Luz estaba en la alcoba y llorando lo abrazó.
—¡No te vayas con esos hombres! —le dijo al oído—, no te vayas Rafael... ¡tengo miedo!
—¿Pero miedo de qué? —le contestó con fingida indiferencia—; no veo motivo para afanarte tanto.
—Busca cualquier pretexto para que no te obliguen a ir esta tarde.
—¡Imposible! Creo que sería peor hacer resistencia.

—Deja a lo menos que te acompañe Pepito y no vuelvas esta noche; es decir, si te dejan libre —añadió con un suspiro—. Pepito llevará un racimo de plátanos guineos que me encargó el señor cura, y así te podrás quedar en su casa.

Cuando estaban preparando los plátanos que debería llevar el niño, el alguacil que había permanecido separado de los demás, preguntó si el niño acompañaría a su padre, y al afirmárselo, dijo a Luz con cierta insistencia:

—No lo deje usted ir: es mejor que se quede.

—¿Por qué?

—Es lejos y muy tarde ya.

—Por lo mismo no quiero que Rafael vuelva solo por el monte.

Juliana se acercó con una *totuma* de *guarapo* para su padre.

—Ofrécelo a los señores, primero —dijo Rafael con natural cortesía—: ellos estarán cansados y sedientos.

Todos aceptaron, menos el alguacil, que manifestó repugnancia, y acercándose a la *tinaja*[16] que estaba debajo de un naranjo al lado de la casa, sacó una vasija de su carriel y tomó agua.

En seguida emprendieron marcha, quedándose Luz en la puerta de su casa, poseída de temor, inmóvil y callada, hasta que se ocultaron todos en el platanar, y entonces sentándose prorrumpió en llanto.

Así permaneció largo rato hasta que oyó llorar al niño: corrió a sacarlo, volviendo a situarse en donde pudiese ver relucir en los sitios abiertos las armas de los que se llevaban a su marido.

—Anda —dijo a su hija mayor—, anda a la casa de la comadre Prudencia y dile que he quedado otra vez sola y que me venga a acompañar esta noche.

La niña desapareció prontamente; y cruzando la quebrada tomó una vereda sombreada, que subía hasta la cima de la montaña donde estaba la choza de la amiga de Luz.

La acongojada madre en tanto vio pasar y relucir las armas por el último sitio abierto de la montaña, pero no se movía de allí. El sol se había ocultado tras las copas de los árboles de la fronteriza montaña, y las gallinas y demás aves domésticas comenzaban a elegir su dormitorio en la barbacoa,[17] pisoteándose y aleteando cuidadosamente, sin haber motivo para todo aquel trasiego; los perros se acercaron a su ama y, lamiéndole las manos y los pies, se echaron a su lado. Ya no se distinguía el paisaje sino confusamente y sólo la parte más alta de los cerros brillaba con los últimos

destellos del sol. Un momento después se hundió bajo el horizonte y al mismo tiempo se oyeron distintamente dos, tres tiros, cuyo estruendo repitió el eco de cerro en cerro.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —gritó Luz levantándose convulsa, y tambaleando hubo de apoyarse contra la pared de la casa.

En aquel mismo instante los niños reían gozosos retozando en el baño de la quebrada, ¡y un pajarito posado en una rama del árbol vecino cantaba alegremente sus adioses al día!

III

Cuando llegó la amiga de Luz, la vieja Prudencia, encontró a la casera con los ojos desmedidamente abiertos que miraba hacia lo lejos como que si hubiese visto un espectro.

—¿Qué sucede comadre, que está como difunta?

Con voz entrecortada le refirió Luz lo acaecido, y cómo habían resonado aquellas ominosas descargas en la soledad de la montaña.

—¡Vaya con las aprehensiones de mi comadre! —exclamó la recién venida—; ¿no me dice que los alguaciles llevaban escopetas? Le habrán tirado a algún pájaro o armadillo...

—¡No! —contestó Luz—, conozco cuando se dispara con munición o con bala... Fueron balazos, y aún me pareció haber oído un grito. ¿Por qué dejé ir a Rafael? ¡Lo pude haber escondido en la montaña!

—No entiendo este afán —repuso la otra—, ¿quién le va a hacer ningún mal a un hombre tan pacífico como mi compadre?

—¡Pero ha venido de alcalde[18] don Bernardino!

—¿Quién es don Bernardino?

—¡Cierto que usted no sabe! Don Bernardino es hijo del *gamonal* del pueblo de donde somos nosotros: se encaprichó en galantearme antes de casarme con Rafael; pero siempre le hice mala cara, y hasta le tenía miedo... ¿No oye usted sonar alguna cosa?

—No, nada, siga su cuento.

—Con todo, me perseguía y trataba de hablar conmigo. Un día Rafael lo encontró rondándome la casa y trabaron agrias palabras, y por consecuencia de esto el otro se fue del lugar y no volvió sino mucho después de haberme casado. Pero no se le había olvidado su resentimiento con mi marido y se propuso molestarnos de todos modos. Rafael entonces intrigó para que no

votaran por él para no sé qué empleo saliendo otro en su lugar. Esa fue la causa de nuestra ruina: hizo que su padre nos quitara la estancia y tuvimos que vender los animales por cualquier cosa e irnos del pueblo; pero no antes de que Rafael le dijera cuatro verdades en la plaza, a lo que el otro le contestó prometiendo vengarse de todos modos, y nos persiguió mucho, hasta que vinimos aquí, en donde hasta ahora habíamos vivido tranquilos... Estoy segura de que oigo ruido en la montaña.

—¡Nada! Son ideas... ¡Mucha pena le daría dejar a sus padres!

—¡Mucha! Pero Rafael es tan bueno, como usted sabe, que no los echo de menos cuando está conmigo. ¿No ve usted cómo se mueve una cosa allá abajo?

Los perros que habían permanecido echados a sus pies, se levantaron gruñendo. Para entonces había oscurecido completamente; un aire fresco movía las hojas de los árboles y en la espesura y por todos lados se oían los indecisos ruidos de animales que de noche dan temerosa voz a los bosques americanos, sin permitir un solo momento de silencio. La luna, cubierta hasta entonces por una nube, se despejó, iluminando el grupo compuesto de las dos mujeres sentadas en el quicio de la puerta y los niños agazapados en contorno de la madre. Los perros, después de haber husmeado en varias direcciones, se precipitaron por el camino del platanar, y al cabo de un instante se les oyó ladrar alegremente; poco después a los ladridos sucedió un aullido lastimoso y prolongado.

—Por ahí viene Rafael o Pepe —dijo Luz—; ¿qué habrá sucedido?

De nuevo se oscureció la noche y el viento susurraba entre las ramas de los árboles acarreando los aromas del bosque hasta la casita de Luz. Hízose visible un bulto que se movía en la vereda y, cuando llegó al patio, la luna iluminó claramente al niño que temblando y cubierto de sangre prorrumpió en sollozos al ver a su madre.

—¡Mamá!, ¡mamá!, ¿qué haremos? —gritó al fin.

Luz arrojó al regazo de Juliana el niño que tenía dormido en los brazos, y abalanzándose a Pepe exclamó toda trémula:

—¡Habla!, ¡habla!... ¿qué ha sucedido?

—¡Mi padre!

—¿Dónde lo dejaste?

—Allá abajo, cerca del charco hondo... lo amarraron...

—¿Lo amarraron?

—¡Y después se fueron!

—¿Y no se podía desatar?

—¡Yo no pude!... Le dieron dos balazos en el pecho y otro en la cabeza...

Luz no contestó: bajó desalada a todo correr las gradas del patio y la pendiente vereda, atravesó el platanar y se internó en el bosque seguida de todos los niños, menos Juliana que arrullaba al más chiquito. La vieja Prudencia procuró acompañar a la pobre mujer, pero no podía correr tan aprisa. La oscuridad era densa en la espesura del bosque, pues la luna, todavía muy baja, apenas rasaba con sus pálidos rayos las más altas copas de los árboles, sin penetrar por entre las tupidas ramas; pero se distinguía el camino por el que corría sin detenerse Luz con los perros adelante y detrás de ella los espantados hijos, dispersos, según su edad, llorando unos, gritando otros, llamando angustiado a su madre el más pequeño, a quien ella no hacía caso, como no lo hacía de las piedras en que tropezaba, ni de las ramas que azotaban su rostro desencajado. Atrás, muy atrás, seguía Prudencia invocando, a todos los santos y deteniéndose a recoger fuerzas para seguir.

Al cabo de media hora, Pepe, que se había adelantado a su madre para indicarle el camino, dio un grito y se detuvo en un espacio abierto que iluminaba la luna, cayendo sus rayos sobre un cuerpo inclinado hacia adelante y atado a un árbol.

Luz exhaló por primera vez un intenso gemido, pero sin llorar, y se acercó... Rafael estaba ya frío y la sangre coagulada cubría sus vestidos y formaba en el suelo una charca: lo desató con cuidado, y lo acostó en el suelo; después con amantes manos levantó el cabello que cubría su frente; tenía los ojos abiertos y vidriosos: depositó la cabeza sobre su regazo y lo llamó varias veces; pero viendo que no se movía, fijó los ojos en él y quedó como anonadada. Los niños, a medida que iban llegando, se acercaban al grupo, y aterrados se hacían a un lado. Pepe corrió al charco vecino y volvió con la copa del sombrero llena de agua y se la tiró a su padre en la cara, pero viendo que no le hacía impresión prorrumpió en llanto, a tiempo que llegaba la comadre Prudencia jadeante. La vieja se arrodilló al lado de Rafael y conociendo que estaba perfectamente muerto, procuró quitárselo de encima a Luz; pero ésta aunque callada, se opuso a ello.

—¡Qué haremos aquí solas! —dijo la vieja levantándose llena de afán, y dirigiéndose a Pepe añadió—: vuela, hijito, al pueblo, avisa allá para que venga gente a llevarse a este pobre hombre.

IV

Luz no se movía, con la cabeza del muerto sobre su regazo, sin querer ni poder contestar a las palabras de su comadre, ni oír los gritos y sollozos de los niños que la rodeaban.

Así se pasó una hora, al cabo de la cual se oyeron voces y pasos por el camino de la aldea, y un momento después el alcalde a caballo y otras personas a pie se acercaron al grupo.

Don Bernardino se desmontó y acercándose a Luz procuró mirar al muerto; pero ella se lo impidió, quitándose el pañuelo del pecho y cubriendo con él la cara de Rafael; después, poniendo la cabeza del muerto en el suelo con suavidad, se levantó, y situándose delante del cadáver recuperó la palabra para gritar furiosa:

—¡Tú fuiste!, ¡gózate en tu obra!

Don Bernardino dio un paso atrás, pero no contestó.

—Que levanten este cuerpo —dijo dirigiéndose a algunos hombres—, y lo lleven al pueblo.

—¡Ah! —exclamó Luz—, ya no está vivo. ¿Aún le tienes miedo? Escuchen —añadió—: este hombre, este hombre es quien mandó asesinarlo... ¡Asesino! ¡Dios te ha visto! ¡Dios te juzgará!

—Esta mujer está loca —dijo el alcalde desdeñosamente—. ¿Qué parte tengo yo en la muerte de este hombre?

Ella contó entonces cómo se habían aparecido esa tarde cuatro hombres en la casa de Rafael y se lo habían llevado por orden del alcalde.

—¡Yo no he dado tal orden!

—¿Dónde están los hombres?, ¿quiénes eran? —preguntó uno.

—El uno era el alguacil Álvarez, y los otros no los conoció Luz.

—Hace días que Álvarez se fue del Valle —contestó don Bernardino.

—Yo lo vi esta mañana —repuso otro de los que preparaban la barbacoa de ramas para llevar al muerto.

—Pero en resumidas cuentas, ¿cómo y por qué lo mataron? —preguntaron todos—; Rafael no tenía aquí enemigos...

Pepe entonces refirió cómo apenas habían andado algunas cuadras por el monte, dos de los hombres le ataron las manos a su padre, a pesar de sus protestas, y le dijeron al niño que se volviera a su casa, amenazándolo con azotarlo si no obedecía. Él fingió volverse, pero metiéndose entre el monte y escondiéndose detrás de los árboles, los siguió de lejos. Cuando hubieron

llegado a un sitio más abierto, se internaron en el monte, dieron algunos pasos por él, aunque su padre parecía resistirse a seguirlos, y llegando al sitio en que se hallaban, lo ataron a un árbol. El niño asustado olvidó toda precaución y se adelantó a tiempo que los tres hombres que llevaban escopeta desfilaban por delante de la víctima y se las descargaban en el pecho. Fue tal el terror que se apoderó de Pepe, que se tiró al suelo y permaneció casi sin sentido entre los espinos, hasta que hubieron pasado a su lado los verdugos de su padre y alejándose por el camino del Valle. Apenas los perdió de vista corrió hacia Rafael y lo encontró en las últimas agonías de la muerte.

—Anda —le dijo el moribundo al verlo—; tal vez tu madre llegue a tiempo...

Pero al tratar de quitarle las ataduras de los lazos, le dio una convulsión y quedó muerto. Pepe huyó despavorido.

El resto lo sabemos.

Pocas horas después de haber visto aquella familia gozando de una dicha tan verdadera como humilde, ¡un grupo de personas entraban al Valle llevando en una barbacoa[19] hecha de prisa y cubierta de ramas el cadáver de Rafael! Detrás, y asida de la camilla iba una mujer con los vestidos desgarrados y sollozando: la gente callaba en torno suyo, respetando su dolor.

Nunca se pudo descubrir quién fue el verdadero autor de aquel crimen. La orden escrita del alcalde no pareció;[20] don Bernardino negó siempre haber tenido participación en aquello, y aunque sus adversarios políticos procuraron hacer muchas indagaciones, no tanto por amor a la justicia cuanto porque les convenía perderlo, todas fueron en vano: nada se descubrió. El alguacil Álvarez y los demás hombres que lo acompañaban no volvieron a verse en el Valle, y pasado algún tiempo pocas personas se acordaban de aquel suceso trágico.

Años después me fue referido este drama por la misma Luz, en cuya casa nos albergamos en la villa del Guamo, donde moraba triste, silenciosa y cubierta de canas prematuras, esperando la justicia de Dios, ya que la de los hombres le había faltado.

Notas

[14] Existe un drama titulado *Juan Lorenzo*, escrito por el español Antonio García Gutiérrez (1813-1884) y estrenado en 1865. La acción ocurre en Valencia, en 1516.

[15] La Cátedra de San Pedro equivale a la Santa Sede; su fiesta se celebra el 18 de enero y conmemora la designación de Pedro como sucesor de Cristo en la Tierra, y de Roma como sede de su Iglesia.

[16] Vasija grande, de barro cocido y a veces vidriado, mucho más ancha por el medio que por el fondo y la boca, y que encaja en un pie o aro, o empotrado en el suelo. Útil para guardar agua, aceite u otros líquidos.

[17] Zarzo o armazón construido sobre estacas, en el que se ponen objetos para que queden en lo alto.

[18] Parece una confusión de la autora, porque al comenzar el relato se dice que don Bernardino vino a intrigar en las elecciones para lograr que lo nombren alcalde, pero el crimen sucede antes de que haya podido ser elegido.

[19] En este caso, una camilla hecha de palos.

[20] Apareció.

Una venganza

(Cuadros y costumbres populares)[21]

Parte primera

I

...Una lluvia penetrante y continua inundaba aquella noche todo el Valle, formando charcos, chorros y pequeñas lagunas en todas las partes bajas y grietas del terreno. La población del Valle, risueña siempre, con sus pajizas habitaciones tan pulcras y alegres, sus perfumados naranjales, chirimoyos y limoneros y sus altas palmeras, y señoreada por el campanario de su iglesia; la población, repito, no tenía aquella noche nada de risueña, ni agradable: casi todos los vecinos se habían retirado a sus casas y las calles estaban solitarias; una pesada nube como un negro sudario cobijaba todo el paisaje, oscureciéndolo completamente. Los ganados en los campos parecían meditar en su triste suerte y, arrimados unos a otros, con las orejas caídas y el cuello inclinado, mordían con desaliento y sólo como por vía de consuelo la húmeda yerba que lloraba también, inclinada hacia el suelo.

Del otro lado de un pequeño torrente que lleva el nombre de río y que bajaba turbio del vecino cerro (siendo aquel uno de los linderos del pueblo por el lado del sur) se encontraba en ese tiempo un cerco de guaduas en cuyo centro se destacaba la negra sombra de una pequeña casa: la separaba del camino un patiecillo sembrado de rosas y malvaviscos; atrás tenía un huerto con árboles y un sembrado de maíz, y más lejos un cercado o manga de pasto de Guinea.[22] El interior de la casita era aseado y alegre: consistía en dos pequeñas alcobas divididas por la sala y, teniendo en lugar de puertas, alegres cortinas de zaraza colorada. Los muebles consistían en una maciza mesa de comer, varios asientos de cuero, un tinajero, situado en un hueco entre la sala y el corredor interior, con el objeto de que la corriente de aire mantuviese el agua fresca; y por último, un aparador encima del tinajero, donde campaban varios platos, jarros y pocillos de loza fina, que sólo se usaban en circunstancias solemnes. El suelo, muy barrido y aseado,

era de tierra pisada; las paredes, blanqueadas, estaban adornadas con varias imágenes de santos, situadas casi en el techo y sin noción alguna de simetría. En resumen, todo respiraba un bienestar, que probaba que allí, si no había riqueza, por lo menos sus dueños no carecían de ninguna de las pocas comodidades de la vida que podían apetecer en su humilde condición social.

Una mujer como de cincuenta años de edad, activa, arrugada, regañona, cuyo aspecto era severo y reacio,[23] entraba y salía a cada momento de la sala al corredor, y de allí pasaba a la cocina que se encontraba, según las costumbres del Valle, situada en un cuerpo separado de la casa; un instante después volvía a la sala, se asomaba a la puerta exterior, se sentaba, se ponía en pie, despavesaba el velón de cebo, que ardía con luz desigual en un candelero de lata, sobre la mesa; en fin, en sus idas y venidas demostraba que aguardaba a alguien con impaciencia. Esta mujer vestía enaguas de *fula*,[24] con ancha arandela abajo; camisa, blanca como la nieve, bordada de seda negra; pañuelo de *rabo de gallo* sobre el pecho; su mirada era oscura, su nariz pronunciada y en todo su ademán se descubría una índole recia y altiva.

Un bulto blanquecino se presentó de improviso, a alguna distancia de la casa, por el enlodado y solitario camino: en breve se oyó el ruido de pisadas que fueron acercándose rápidamente, y al cabo de algunos momentos se oyó abrir la puerta de trancas que separaba el patio del camino, y un hombre penetró en la sala con aire risueño y contento.

—¿Eres tú, Avelino? —gritó la mujer desde el corredor interior de la casa.

—Yo, madre —contestó él, quitándose la ruana empapada por la lluvia, y después de sacudida la colgó en el espaldar de una silla.

—Yo, en persona —añadió—; hace un tiempo *del diantre*, está la noche *escura y mojada*, y por el *lao* del *Magalena*[25] *relampagusea que ni qué*.

—¿Y qué hay de viaje? —preguntó la vieja Regina entrando con un *chorote*,[26] el que puso en un rincón, y batiendo al momento el chocolate se lo sirvió a su hijo, en un pocillo de barro vidriado, que colocó en un plato empedrado con sendos trozos de carne asada, pan y tajadas de queso.

—¿De viaje? —contestó éste, sentándose—; pues que lo ajustamos con don Bernardo: mañana a la madrugadita me voy para Honda,[27] llevándole la plata, y pasado mañana estaré aquí, de vuelta.

—Esta tarde vinieron el sabanero Ramón y el tuerto Nicolás a buscarte; me preguntaron si por fin le irías a hacer la diligencia a don José.

—¿Y qué les contestó su merced?... No me gusta que esa gente sepa a dónde voy.

—Les dije que vos no me hablabas de *tus* negocios. Es la verdad —añadió entre dientes.

—¿Y no dijeron para qué me necesitaban?

—No, pero deben de volver ahora.

Avelino se calló y emprendió una batalla reñida con los manjares que tenía delante, y en breve los hizo desaparecer. El joven tendría unos veinticinco años, era de tamaño regular, delgado, ágil, moreno, de nariz chata, pero poseía un par de ojos negros y grandes cuya expresión melancólica y mirada dulce hubiera envidiado cualquier mujer; cuando abría la boca dejaba ver dos hileras de dientes tan bien formados y bellos, que parecían de blanquísimo marfil; en resumen, tenía una fisonomía agradable pero no de llamar la atención, y aunque sus ojos eran muy bellos, parecían inverosímiles en un pobre arriero; así nadie se fijaba en ellos.

—¿Cuánto ganarás en el viaje? —preguntó la madre, la que, de pie cerca de la mesa, esperaba que acabase para servirle un jarro de agua.

—Dos pesos por el viaje y por traer unos encargos que compraré en Honda.

—Debías haber pedido más.[28]

—El patrón me ofreció esa suma, y como la *jamilia* de don José ha sido tan *güena* con su merced... ¡y también es un precio *rigular* dos pesos!

—A *vos* todo se te hace *asina* y trabajás de balde.

—Me gusta trabajar con *concencia* —contestó él con energía—; gano mi existencia contento y tenemos lo necesario aquí. ¿Qué le falta a su merced? ¿Qué quiere que le traiga de Honda?

—Necesito unas esteras de *chingalé*,[29] que sean grandes y *güenas*; todas tienen aquí menos yo...

Habiendo concluido su refresco Avelino se ocupó en arreglar una maleta con algunos objetos para el viaje, y su madre le ayudaba a guardar el modesto avío. Como entrambos tenían la espalda vuelta a la puerta exterior, no notaron dos bultos que se habían detenido en el alar de la casa y les miraban desde la oscuridad, pudiendo oír al mismo tiempo lo que decían adentro.

—¿Cuánta plata llevas? —preguntó la madre.

—Trescientos o cuatrocientos pesos.

—Te traigo el *carriel* nuevo para que los lleves mejor.

Al oír las palabras de la madre, los dos hombres se hablaron al oído y se acercaron a la puerta; uno de ellos levantó la ruana sobre el hombro y puso la mano sobre el mango de un cuchillo que llevaba colgado a la cintura.

—Ponga su merced el carriel sobre la mesa —contestaba a la sazón Avelino—; lo llevaré mañana... Esta noche no quise traer la plata; antes de irme iré a buscarla en casa del patrón.

Los hombres volvieron a hablarse paso y se adelantaron hacia la puerta, y atravesando el umbral dijeron juntos:

—Buenas noches, don Avelino.

—¿Está arreglando el avío? ¿Para dónde es viaje?

Avelino dijo secamente, después de haber contestado con frialdad al saludo de los dos hombres:

—No sé si por fin me iré... tal vez será para Bogotá.

—Lo siento —dijo uno de ellos—, pues nosotros veníamos a proponerle que viajáramos los tres juntos hasta la bodega de Honda.

—Yo también... lo siento, porque no sé si me iré al fin para el Reino[30] o para Ambalema[31] o quizás a Honda. De todos modos nunca será antes de mediodía.

—¿Tan tarde?

—Hasta esa hora me despacharán.

—¿Qué motivo tiene usted para engañarnos? —dijo uno de los hombres con aire resuelto—; sabemos de cierto que don José dijo esta tarde que mañana muy de mañanita se iba usted para Honda.

—¿Acaso tiene usted desconfianza de nosotros? —preguntó el otro que había permanecido taciturno y callado hasta entonces.

—¿Desconfiar de qué?

—No sé, pero así parece...

Avelino no contestó.

—¡Vaya! —exclamó el primero—, como que aquí estorbamos... Hasta más ver *don* Avelino.

Y sin añadir otra palabra salieron.

II

Apenas apuntaban las primeras claridades del alba cuando Avelino salía de su casa y se dirigía a la de su patrón. Inmediatamente recibió el dinero y salió con aire cauteloso a la calle; temiendo que los dos hombres que le habían ido a buscar la noche anterior quisiesen acecharle, pasó por frente de la casa de uno de ellos tomando ostensiblemente el camino de Bogotá; pero a breve rato, seguro ya de que nadie le veía, torció de repente a la derecha y, tomando una excusada y solitaria senda, volvió sobre sus pasos; atravesó varios campos, orilló el riachuelo bajo espesos matorrales y espinosas guaduas, y a poco salió al camino de Honda, ya muy distante de la población.

El sol reía sobre el monte, a sus espaldas; innumerables pájaros cantaban en los arbustos a uno y otro lado del camino; los ganados mugían, relinchaban, se buscaban y retozaban en las dehesas; manadas de cabras brincaban y caracoleaban haciendo maroma sobre las cercas de piedra; los niños salían de las chozas gritando alegremente, mientras que las madres, de pie bajo el umbral con el canto lleno de maíz, llamaban a las gallinas y pavos; los hombres salían de sus casas con las herramientas al hombro, y tal cual transeúnte saludaba a Avelino con atención.

Nuestro peón caminaba ágilmente y con mucha prisa, apoyándose en el largo palo de su *arreador* o zurriaga,[32] con la ruanita blanca terciada, el sombrero alón sobre los ojos, los pies calzados de alpargatas y una maletilla atada sobre las espaldas.

Después de haber caminado como media hora, el camino tendido y llano hasta entonces se hizo áspero y escabroso: anchas lajas y encrespados barrancos le detenían un tanto el paso; pero el mozo, lleno de brío y de salud, se burlaba de la fatiga, y andaba siempre con agilidad.

Al fin trepó a una altura que dominaba todo el camino hasta el pueblo; allí se detuvo para respirar un momento. El sol iluminaba todo el Valle: a lo lejos se veían los montes empinados, poblados en algunas partes por anchas vetas de matorrales y en otras erizados de rocas escarpadas formando precipicios, hendiduras y grietas, alegrándolo aquí y allí alguna falda inclinada que habían aprovechado para edificar alguna casita y formar una pequeña sementera o prado; por en medio de todos se retorcía, dando vueltas y revueltas por las faldas, el camino que se dirigía a Bogotá. Más abajo se percibía la población, que se deslizaba por la última falda del cerro del medio y al fin se esparcía hasta el centro del Valle. Casi a sus pies la escena era muy variada: pequeños trapiches circundados de verdes cañas, o

casas más o menos grandes rodeadas de árboles frutales y toda suerte de hortalizas, formaban el conjunto y alegraban las campiñas.

Pero nuestro hombre no veía nada de todo aquello: sus ojos buscaban con ahínco las figuras sospechosas del tuerto Nicolás y el sabanero Ramón. Después de haber examinado atentamente todo el camino, y viendo que nada debía turbar su serenidad de ánimo, volvió la espalda al bello paisaje, y seguro y alegre siguió su camino lleno de brío.

El tuerto Nicolás era zapatero y oriundo de Mompox,[33] pero tenía por profesión, *no* hacer zapatos sino que, según se decía por lo bajo, su modo de vivir era más lucrativo y menos honroso. Aseguraban que él guardaba en su casa los efectos que otros robaban, y aun se decía que le habían visto en persona ayudando a robar en los caminos cercanos al Valle, en los últimos meses. Hacía muchos años que se había establecido en aquel pueblo: durante su juventud fue pacífico y trabajador, hasta que, habiendo muerto su madre, su carácter había cambiado, y poco a poco dejó el oficio y se entregó al ocio y a la bebida; sin embargo, aunque no se le veía trabajar, siempre ostentaba dinero en su bolsillo y nada le faltaba en su casa.

El sabanero Ramón, como lo indica su nombre, era natural de las tierras altas; había llegado al Valle hacía algunos meses, pero su mala fama impidió que le ocupasen: se decía que con motivo de un asesinato cometido en las cercanías de Zipaquirá[34] había tenido que emigrar de allí. Era herrero de profesión, su aspecto repugnante, su mirada audaz, y se había hecho odioso en el Valle, pero le respetaban un tanto porque le tenían miedo; había llegado a los cuarenta años. Después que se radicó en el pueblo entabló íntimas relaciones con el tuerto Nicolás y siempre se les veía juntos.

No era extraño, pues, que Avelino procurase a todo trance evitar que le acompañaran en su viaje semejantes pájaros de mal agüero.

Algunas horas después, y estando el sol en la mitad de su carrera, Avelino, enteramente tranquilo ya, llegó a un sitio sombreado y al pie de una fuente que manaba de una roca a orillas del camino: sentándose en el retorcido tronco de un árbol, sacó de su maleta un trozo de *panela* y una totuma colorada, y dando primero numerosos mordiscos en la dulce pasta, se refrigeró en seguida tomando frescos tragos de agua cristalina y pura. Cuando hubo concluido y ya se preparaba a continuar su viaje, tendió la vista por casualidad hacia el camino que había andado, y fijó los ojos al instante en una sombra que se movía entre las ramas de la orilla del camino;

pero en breve la sombra tomó consistencia y pudo distinguir claramente que dos bultos se adelantaban con cautela, procurando ocultarse tras de los matorrales y troncos de árboles. El corazón le dio un vuelco, se puso en pie, apretando instintivamente la correa que ataba a su cintura el cuchillo de monte que todo arriero lleva consigo, y al mismo tiempo hizo pasar sobre el pecho el carriel en que llevaba el dinero. Los bultos fueron adelantando poco a poco, y al fin Avelino vio que no se había equivocado y que estaban ya junto a él sus perseguidores.

Los dos amigos se habían apostado en el camino a la salida del pueblo con la intención de verle pasar y unirse a él; pero como Avelino había tomado otra vereda ellos no le vieron, y después de haber esperado algún tiempo preguntaron a un transeúnte si le había visto por el camino. Les contestó que ya iba lejos. Inmediatamente se dirigieron tras de su presa con la mayor velocidad; pero cuando le avistaron quisieron ocultarse en el monte mientras discutían la manera como deberían acercarse a él. Mientras eso, Avelino reflexionaba en su precaria posición: sabía que con semejantes perseguidores era inútil huir; ni podía esconderse puesto que ya le habían visto. En ese momento oyó un rumor que le pareció la música más dulce; eran las lejanas pisadas y resbalones, unidos al ruido de gritos y silbidos, y a poco vio subiendo por la cuesta una partida de mulas cargadas, seguidas por sus correspondientes arrieros. Un momento después la caravana se ocultó tras un recodo del camino, pero el chasquido de las zurriagas, el silbido de los arrieros y las pisadas de las mulas se hacían oír a cada instante más cerca. Avelino resolvió esperar a sus salvadores y se volvió a sentar en la orilla de la fuente; los bandidos, que habían estado examinando sus movimientos, comprendieron su pensamiento y resolvieron hablarle antes de que llegasen los demás. Al momento salieron de en medio de los matorrales y se avanzaron por la mitad del camino con aire indiferente.

—¡Ah, don Avelino! —dijo Ramón con cierto aspecto chocarrero—, ¿conque usted no quiso aceptar nuestra compañía, ni aguardarnos?

—Al contrario... ya ve usted que me senté a esperarles.

—Sigamos, pues.

—No, todavía no. Pienso aguardar a los que vienen abajo.

—¿Acaso usted tiene desconfianza de nosotros? —preguntó Ramón.

—¿Por qué se me había de ocurrir eso?

Los muleros venían ya muy cerca, aunque todavía no se les veía, ocultos como estaban por la sinuosidad de la vía; pero en ese momento una mula

cargada, más valiente o más fuerte que las demás, se adelantó sola por el camino, mientras que los arrieros se detenían para arreglar varias cargas que se habían torcido en la escabrosa subida. La mula, viendo el agua que se deslizaba por medio de la vía, se acercó a beber, pero asustada de repente con un ademán que hizo uno de los bandidos, dio un vuelo y aflojó las cinchas haciendo ladear la carga. Avelino se aprovechó de esa circunstancia para tomarla del cabestro y dar voces a fin de que se acercaran los arrieros dueños de ella.

—Deje ese animal, Avelino —le dijo el exzapatero con impaciencia—, y sigamos adelante los tres juntos; tenemos que proponerle un negocio.

—Si quieren hablarme, ¿por qué no lo hacen de una vez? Aquí *naiden* nos oye, sino la mula —añadió—, y de seguro ella no contará.

El sabanero le miró con rabia.

—No estamos de chanza —dijo.

—Ni yo tampoco.

—Escuche usted, pues —añadió el tuerto en voz baja—; sabemos que lleva plata...

—¿Eso que les importa?

—Mucho.

—Sepan ustedes que ese dinero lo defenderé con mi vida.

—Tal vez sí... pero queríamos hacer un trato con usted.

—¿Cuál?

—Que dividamos el dinero entre los tres.

—El negocio no es malo...

—Nadie tiene por qué saberlo. Usted puede decirle a su patrón que le asaltaron por el camino; nosotros nos podemos volver al pueblo sin que nos vean.

Avelino permanecía callado mirándoles con asombro.

—¿No es cierto que podemos hacer el negocio? —añadió el otro ladrón —; metámonos pronto al monte para hacer la repartición.

—¿Es decir que de veras tienen ustedes la villanía de hacerme semejante propuesta? —exclamó al fin indignado el pobre peón.

—Pues... esto nos conviene a todos.

—A ustedes tal vez, ya que son ladrones y pícaros; pero a mí...

—¡Cuidado, amigo! —interrumpió diciéndole el sabanero—, ¡cuidado! Esto le puede costar a usted caro. ¡Yo le haré pagar sus insolencias!

Y al decir esto se levantó con aire iracundo; pero la mula que tenía de cabestro Avelino se asustó y tirando lejos la carga empezó a corcovear, dando patadas en torno suyo, y el bandido tuvo que hacerse a un lado; en ese momento uno de los muleros subió a toda prisa la cuesta, y acercándose a la prófuga la cubrió de improperios e insultos, no merecidos por cierto, y ayudado por Avelino volvió a cargarla. Ya para entonces habían llegado las demás mulas y todos los arrieros, y Avelino, entablando conversación con ellos, siguió la marcha en su compañía.

El tuerto y el sabanero se habían quedado a un lado del camino conversando entre sí en voz baja.

Un rato después, yendo Avelino por una angosta senda, por la que era preciso ir uno en pos de otro, sintió que le tiraban la ruana por detrás y oyó la voz del sabanero, que le decía con tono amenazante:

—Escuche usted... tengo que hablarle.

—¿Qué más se le ofrece?

—Hable en voz baja, porque nos pueden oír.

—Yo no tengo secretos con usted.

—No tenía más que decirle, sino que si algún día sé yo que usted ha contado la conversación que tuvimos allá abajo...

—¿Qué sucederá?

—Que no la contará por dos veces.

—Entiendo que usted me amenaza.

—No piense que es sólo una amenaza...

—Sé de lo que usted es capaz.

—¿Me da usted su palabra de que callará?

—Yo sabré lo que debo hacer.

—¡Cuidado! Le puede costar a usted la vida.

—Nada me arredra... cumpliré con mi deber.

—Está bien... *por ahora* no tengo otra cosa que añadir; después nos veremos.

Al decir estas palabras se quedó atrás con su compañero. Avelino miraba a cada momento por el camino para ver si realmente sus enemigos se habían quedado atrás; les vio tomar el camino de abajo y se persuadió que se habían devuelto.

III

El sol empezaba a bajar hacia el poniente y no distaba mucho ya el Magdalena del sitio en que se hallaban, cuando Avelino y sus compañeros llegaron a una venta, donde dijeron los arrieros que tenían que detenerse para esperar otra partida de mulas que venía atrás.

Avelino había ofrecido entregar aquel dinero esa misma noche; así, si permanecía con los muleros, le sería imposible llegar antes de oscurecer a la orilla del río y estar en Honda aquel día. Decidió, pues, seguir solo; sus perseguidores, pensaba, se habrían quedado atrás, y probablemente viéndole acompañado no querrían llevar a cabo su criminal proyecto. Sin embargo, quiso tener la precaución de no decirle a nadie que pensaba seguir solo; al contrario, anunció que se quedaría allí con los muleros y entró a la venta en busca de un sitio fresco para tomar la siesta. Apenas se vio solo en un corredor interior, saltó un cercadito, pasó prontamente un sitio abierto y en seguida se internó en el monte, que estaba detrás de la casa. Caminó largo trecho por en medio de los árboles y breñas sin acercarse al camino real; pero al fin una alta roca y muchos espinos le impidieron el paso y tuvo que tomar a la derecha en busca del camino. No viendo nada sospechoso en torno suyo y estando la ruta sola y tranquila, iluminada tan solo por un bello sol vespertino, Avelino, alentado con la idea de que había pasado el peligro, echó a andar alegremente cuesta abajo, brincando con agilidad de una piedra a otra y al mismo tiempo cantando un refrán popular.

....

—¡Buenas tardes, *caballero*! —gritó delante de él una voz burlona.

Y un hombre se puso de frente en la orilla de abajo del camino: era el tuerto Nicolás.

—No camine tan aprisa, que ya lo alcanzaremos —exclamó la voz de Ramón. Avelino se quedó de una pieza: se encontraba en medio de los dos, y comprendía que era imposible huir.

Hacía media hora que sus enemigos le aguardaban en aquel sitio. Cuando se separaron de él, fingieron devolverse pero, en lugar de hacerlo, habían tomado una senda que acortaba el camino para los de a pie y que iba a desembocar en aquel paraje; adivinaron que Avelino se separaría al fin de los muleros que caminaban muy despacio, y que seguiría solo adelante, creyéndose libre de sus perseguidores.[35]

El sabanero se acercó a su víctima con aire resuelto, diciéndole:

—Ahora, amigo, haremos mejor trato que el que propuse a usted allá abajo.

Al decir esto le hizo una señal al tuerto, y entre los dos le arrojaron al suelo y le envolvieron la ruana en la cabeza, arrastrándole hacia el monte. Avelino procuró defenderse, pero no pudo hacer nada. Habían llegado encima de un barranco a orillas del camino y allí se detuvieron.

—¡Entregue usted el dinero! —le dijeron.

—¡No, no lo haré! —contestó casi ahogado el infeliz, asiendo el carriel con las manos para impedir que se lo quitaran.

—¡Suelte usted las manos!

—¡Jamás!

—¡Imbécil! De todos modos te limpiaremos —dijo entre dientes Nicolás.

—¡Sólo con la vida!

¡Un bofetón inundó de sangre la cara de la víctima!

—¿No sueltas?

—¡No, aunque me maten!...

—¡Así será, puesto que tanto has hablado de morir! —exclamó el sabanero desenvainando un puñal.

—¡No le mate usted! —dijo el zapatero interponiéndose—; no es necesario...

Avelino se había tirado al suelo y tenía abrazado el carriel, dando gritos y pidiendo socorro.

—¡Cállate!

—No me callo...

—¿Ya ve, compañero, que es preciso hacer callar a este majadero?

—¡No, todavía no! —gritó el zapatero interponiéndose delante de la víctima.

Pero en ese momento oyeron el ruido de pasos sobre el pedregoso camino; el zapatero se inmutó y en su turbación se hizo a un lado; inmediatamente el puñal del sabanero atravesó el costado izquierdo del desgraciado, y lo obligó a soltar el carriel dando un lastimoso quejido; las pisadas de varios caballos se oyeron muy cerca; los asesinos se inclinaron, arrancaron el carriel de los desfallecidos brazos de la víctima, y huyeron llevándose el dinero, pero dejando olvidado el puñal.

Las personas que venían por el camino no vieron ni oyeron nada, pasaron por el pie del barranco en que estaba el moribundo, sin percibirlo, y siguieron su camino. Largas horas permaneció el desgraciado sin sentido,

mientras que manaba de su ancha herida la sangre hasta que, corriendo por entre las grietas del barranco, llegó a orillas del camino y formó una charca. Al fin se ocultó el sol y llegó la noche; cuando la oscuridad había invadido toda la parte baja de la montaña, y los animales diurnos se habían retirado para dar lugar al mundo nocturno, que se despertaba con la fresca, Avelino volvió en sí y se encontró sin fuerzas y casi sin vida, en medio de una pavorosa soledad. Entonces exhaló un hondo suspiro y con voz desmayada empezó a pedir socorro.

En ese momento un joven bogotano subía la cuesta silbando alegremente un aria de ópera; de repente el caballo que montaba dio un resoplido, asustándose con la charca de sangre que vio en el suelo, y dando un brinco le puso a punto de perder los estribos; a ese tiempo oyó el viajero un doloroso gemido y vio moverse un bulto en medio de las sombras: al momento se desmontó y trepando por el barranco se acercó al postrado cuerpo de Avelino. En breves palabras se puso al corriente de la situación del peón; pero con el esfuerzo que hizo para hablar, la herida que se había cerrado merced al fresco de la tarde, se volvió a abrir, y perdió nuevamente el sentido. El joven le vendó lo mejor que pudo y, montando prontamente, fue a la venta e hizo llevar un guando[36] hecho de ramas para que sacasen al mísero Avelino del monte.

Al siguiente día entraba al Valle nuestro héroe en un guando y seguido de una turba de curiosos.

El tuerto Nicolás y el sabanero le vieron pasar y se estremecieron.

—Mejor hubiera sido —dijo el tuerto a su amigo— que le hubieras matado de redondo.

—¿Quién me lo quiso impedir?

—Yo; pero creía entonces que su muerte no era necesaria para nuestra salvación.

—¡Ya lo ves! Ahora hablará...

—Tenemos que irnos de aquí entrambos.

—¡Pero no juntos! Anoche arreglé mis cosas para en caso de que al majadero se le antojara no morirse; y puedo irme ahora mismo.

—Yo me voy para la sabana.

—Yo para el Magdalena.

—Adiós, amigo.

—¡Buen viaje!

—Pueda ser que no sea la última vez que nos veamos.

—Sobre todo te recomiendo el silencio: es preciso no dejar huellas... yo cambiaré de nombre.

—Pero a mí me conocen en todas partes; no puedo ocultar mi ojo —añadió el tuerto con aire sombrío.

Mientras que las autoridades le tomaban trabajosamente declaración al herido, los dos asesinos se separaban tomando vías diferentes.

Larguísimos días y largas semanas permaneció el desgraciado Avelino entre la vida y la muerte; pero gracias a su madre, que si no lo cuidaba con una ternura que no estaba en su carácter, a lo menos le atendía con constancia, y merced a los remedios y recursos administrados por su patrón, entró al fin en convalecencia. Al tiempo de rendir su declaración, recordó Avelino que el zapatero había procurado salvarle la vida y no quiso hablar de él. Cuando dijo que Ramón el sabanero le había dado la puñalada, le preguntaron:

—¿Iba solo?

—No.

—¿Quién iba con él?

—No supe.

—¿No conoció usted al compañero de Ramón?

—El hombre que iba con él nada me hizo.

—Dicen que era Nicolás el zapatero.

—No supe... no se me acercó.

Fue imposible hacerle decir otra cosa, y a causa de esta declaración no persiguieron al zapatero. No faltó quien le refiriera a Nicolás la declaración de Avelino y, viendo que no le había acusado, volvió al día siguiente al pueblo, sin que nadie hubiese sospechado su huida. Su última aventura le hizo mucha impresión, y resolvió dejar semejante manera de ganar la vida. Aunque todos sospecharon que él había tenido parte en aquel crimen, como no se lo pudieron probar volvió a establecerse tranquilamente como zapatero, sin que nadie se atreviese a acusarle. Compró algunos materiales, y como era cumplido y trabajaba bien, en breve tuvo numerosa clientela. Abandonó completamente las malas compañías y, aunque era adusto y mal modado, consiguió al fin casarse bien con una mujer que le dominaba y no le permitía apartarse del camino derecho. Hay hombres que necesitan absolutamente que les gobierne una mujer; así Nicolás fue honrado mientras vivió su madre, se hizo bandido cuando perdió ese respeto, y

después volvió al buen camino al encontrar otra mujer que tomara las riendas del gobierno de su casa.

Al cabo de breves días la policía atrapó al sabanero Ramón, le juzgaron, y probándole ese crimen y otros muchos, le condenaron a presidio por diez años.

Parte segunda

I

Han pasado ya cerca de diez años, cuando los acontecimientos nos vuelven a llevar al pueblo del Valle.

Un bello sol de diciembre se ocultaba tras de los montes y el delicioso perfume de los arbustos floridos, que tanto abundan en aquel lugar por dicho mes, penetraba por todas partes. En la calle más larga y más recta del pueblo encontramos a un conocido nuestro, aunque su aire respetable y su aspecto menos adusto le han hecho cambiar en muchas cosas, menos el ojo tuerto.

El zapatero Nicolás estaba sentado a la puerta de su tienda, teniendo su sillón de cuero recostado contra la pared, y tomaba el fresco tranquilamente fumándose un tabaco y oyendo la charla animada de dos niños de cuatro y cinco años de edad, que jugaban en torno suyo sobre el empedrado de la calle. Su único ojo útil se fijaba con distracción en las casas de la calle, y una sonrisa irónica le hacía plegar los labios al notar que cada una de las viviendas de los vecinos parecía haberse apropiado el carácter de su dueño: así, algunas se ostentaban en la orilla de la calle tiesas y entonadas, bien blanqueadas y limpias, y parecían mirar con orgullo a las demás por en medio de sus ventanillas de madera; otras, torcidas y de mal talante, sostenían el techo como lleva el hombre ebrio su sombrero, y recostadas sobre nudosos puntales se inclinaban hacia adelante con aire indeciso; más allá había algunas que procuraban ocultar su miseria y visible deterioro bajo varias capas de pañete y blanquimentos diferentes, haciendo así notar más su ruina evidente; mientras que las más hipócritas se retiraban en los rincones y casi les volvían la espalda como escandalizadas al hacerse cargo del manejo impropio de las demás. Entre otras cosas curiosas notaba

Nicolás que su casa era la única tuerta que había en toda la calle, pues tenía sólo una ventana.

Estaba tan embebido nuestro zapatero en esta contemplación, que no reparó en que le miraba con atención un hombre envuelto en una gran ruana parda y provisto de un enorme sombrero de los que llaman de *tapia pisada* (los que usan solamente los indios de las tierras frías). El hombre se había detenido en la esquina más cercana, pero después de haberle mirado un rato, bajó la calle caminando con dificultad y se detuvo en frente del discípulo de San Crispín.

—¡Oiga! —prorrumpió con voz ronca el forastero—. ¡El demonio que le hubiera conocido a usted!... ¿y de veras es Nicolás el *caballero*? —esta última palabra la acentuó con insolencia.

Nicolás miró un momento al hombre, pero como no le reconocía le dijo con desabrimiento:

—¿Qué se le ofrecía a usted?, ¿me hablaba?

—Sí, le hablaba —contestó el otro; y calándose el sombrero y mudando de voz añadió—: ¿podría usted indicarme, buen hombre, donde podré encontrar posada esta noche?

—Yo no soy buen hombre; ¡insolente!

Y no queriendo seguir la conversación se puso en pie y se preparaba a entrar a su casa, cuando sintió una mano sobre el hombro y oyó que su interlocutor le decía:

—Bien lo sé que no eres bueno; pero por lo mismo tengo que hablar contigo.

Nicolás se estremeció: había reconocido al fin a Ramón, el sabanero.

—¡Te fugaste del presidio! —exclamó.

—No; mi buen comportamiento en los últimos años obligó a los directores de la Penitenciaría a que me rebajaran la pena.

Nicolás se estuvo callado: la vuelta de su excompañero de antaño no le convenía absolutamente, y aturdido y temeroso no encontraba qué decirle.

—Parece que mi venida no te gusta.

—Al contrario...

—Así se ve; pero yo vengo desde Bogotá hasta aquí, sólo por verte: ¿podemos entrar a tu casa?

—No... espérame aquí un momento; voy a traer mí sombrero e iremos a conversar donde no nos oigan.

—¿Quién nos oiría en tu casa?

—Mi mujer... soy casado.

Nicolás dejó a Ramón en la puerta y entró a la casa, pero no solamente tomó la ruana y el sombrero, sino que por precaución se armó con un cuchillo que ocultó de prisa en un bolsillo. Ramón notó su movimiento y mostrándoselo le dijo:

—Amigo, esa precaución es inútil, yo no acostumbro *trabajar* en vano; al contrario, te necesito vivo.

El tuerto se inmutó pero no le contestó nada, y haciendo entrar a los niños que habían estado escuchando la conversación sin comprenderla, cerró la zapatería y se echó a andar con su compañero.

Aunque ya había oscurecido completamente y no se veía en el poniente sino la luna que parecía un hilito de plata, la noche era luminosa como lo son siempre las de diciembre en las tierras templadas y calientes; el cielo estaba cubierto de estrellas y la *Vía Láctea* daba un reflejo en extremo brillante. Los dos hombres se miraban de vez en cuando: el uno con envidia y rabia concentrada y el otro con temor y disgusto; y en verdad que formaban un curioso contraste: el zapatero vestido de paño, con ruana buena, sombrero de *jipijapa*[37] y botas; el expresidiario cubierto de harapos, cuyo sombrero andrajoso le batía el cuello, y apoyando dolorosamente el pie en el suelo, teniendo en los tobillos las cicatrices de los grillos que había arrastrado durante tantos años.

De repente el sabanero se detuvo, y mirando de hito en hito a su compañero, exclamó con una maldición:

—¡Nunca he entendido por qué habiendo estado juntos persiguiendo a Avelino, a ti te perdonaron y a mí me condenaron a presidio!

—¡Chito! No hables tan recio —dijo el otro lleno de miedo, y añadió—: yo nada le hice a Avelino; ni olvidé cosa alguna al lado del herido como tú... El puñal era conocido de muchos.

—¿Y quién se aprovechó de la mitad del dinero?

— Como nadie supo eso...

—Sí, el diablo te protegería, tuerto...

—Si sigues dando esos gritos me devuelvo —interrumpióle el triste Nicolás, cuya voz temblaba de rabia y temor de que oyesen aquellas voces.

—Sí, tienes razón; es preciso ser prudentes. Parece que ese sistema es el mejor; lo cierto es que a ti te tocó la comodidad y a mí el presidio.

—Yo no cogí sino la parte que me tocaba.

—¡También te tocaba el presidio, hipócrita!

—No hables tan recio; pueden oír...

—¿Qué me importa a mí?

Durante este diálogo habían llegado ya a una calle retirada y en donde no había casas por un lado, y por el otro estaban haciendo un edificio; entrambos se sentaron sobre unas vigas, tras de los cimientos empezados, sitio retirado en donde nadie les podía oír ni ver.

—Ahora, veamos qué es lo que quieres decirme y no perdamos tiempo.

—Quiero que me ayudes en una empresa.

—¿Qué clase de empresa? Yo ahora no me ocupo sino en trabajar, y como soy casado tengo mis deberes.

—¿Qué más deber que ayudar al que sufrió el infierno para librarte y darte plata?

—¡Por mí!... bueno está el cuento.

—¿Te ríes? Te advierto que no me ando por las ramas, y que si no haces lo que quiero, me vengaré.

—Nada puedes hacer: ¿dónde están las pruebas y los testigos que tienes contra mí? Déjate pues de amenazas y veamos el asunto que te trajo.

—Quiero que me acompañes al lugar donde dejé enterrado el dinero que tenía antes de que me cogieran.

—¿Dónde es eso? —preguntó el zapatero con animación.

—¿Me consideras tan tonto que te lo vaya a decir desde ahora?... Primero necesito saber quién habita la casa en que yo vivía antes.

—Vive Juana, la *Lucero*, y su hija la *Lucerito*.

—Bien; ¿a qué hora se acuestan?

—Cuando sale de allá Avelino, que es el novio de la muchacha. Dicen que él no es tan tonto: la muchacha tiene sus realitos de dote.

—¡Avelino! ¡Avelino con novia, y novia rica! Ya iremos a darles un susto...

—Habla por ti... ya no trabajo en esas cosas.

—Esta vez no tengas cuidado... no quiero irles a robar sino a sacar lo mío. En esa casa dejé enterrado cuanto tenía.

—¿No necesitas más informes?

—Eso me basta.

El zapatero se puso en pie y dijo con desabrimiento:

—Ya es tarde, me voy.

Ramón le tiró de la ruana y le obligó a que se sentara de nuevo, diciéndole:

—¡Conque te quieres ir después de que me arrancaste el secreto! Escucha —añadió—: ahora te vas, pero a medianoche te espero en la esquina de tu calle; llevarás una barra y un azadón.

—Pero...

—No me repliques; exijo que me acompañes; no es a robar, cobarde, ¡es a sacar lo que me pertenece!

—Pero, ¿qué dirá mi mujer a quien no le gusta que yo salga así a deshoras?

—¡Qué me importa tu mujer! A las doce estaré en la esquina y, si no te encuentro allí, iré a la casa, golpearé, gritaré, levantaré toda la cuadra con mis voces proclamando lo que eres.

El zapatero, intimidado, tuvo que prometer cuanto le pedía el otro, y volvió a su casa afligido y cabizbajo; procurando encontrar en su mente alguna estratagema para desterrar del Valle a su excompañero de rapiñas.

II

Cuando el reloj de la torre de la iglesia dio lentamente doce campanazos, la noche había cambiado de aspecto: el aire que soplaba con fuerza había traído sobre el Valle una nube oscura que cubrió el brillo del cielo, y la oscuridad era completa sobre la tierra. Hacía algunos momentos que Ramón había llegado al lugar de la cita, y viendo que se pasaba la hora y no llegaba su compañero, se dirigió a la casa; pero al tiempo de llegar frente a la zapatería la puerta se abrió cautelosamente y Nicolás se presentó en ella envuelto hasta los ojos en un grueso bayetón.

—¿Olvidaste la barra y el azadón? —preguntó Ramón.

—Aquí los tengo.

—Adelante.

Después de haber andado algunas cuadras llegaron a una casita retirada, dividida de la calle por una cerca de guaduas.[38]

—¿Tienen perro? —preguntó Ramón empezando a cortar el bejuco que ataba las guaduas de la cerca del solar.

—No sé.

—Eso lo veremos después —y arrancando algunos palos de la cerca, hizo un agujero suficientemente grande para que los dos pudiesen caber.

Las gallinas, que dormían en un limonero cerca de aquel sitio, creyendo que algún zorro o runcho[39] enemigo se les acercaba, empezaron a chillar y

llamarse unas a otras para darse parte mutuamente del susto que sentían y armaron tal gritería, que despertaron a las demás aves de los solares vecinos, que también ayudaron a meter bulla.

—¡Malditos animales! —exclamó colérico Ramón—; van a despertar a toda la vecindad.

Y se acercó al árbol con intención de matarlas a palos.

—¡No te acerques! —le dijo Nicolás deteniéndole—; más bulla harán. Escondámonos por este lado hasta que se tranquilicen. Y tirando a su compañero le obligó a que se metiera con él bajo un matorralito de jazmines y de *norvios*.[40]

Al cabo de un rato se calmó el rumor, y los dos hombres, saliendo de en medio de las ramas, se dirigieron hacia la casa.

—Ahora me parece —dijo Nicolás—, que ya me puedes decir dónde está el santuario.

—En la cocina —contestó.

Como todas las casas pajizas de tierra caliente, la cocina se hallaba separada del cuerpo principal de la casa.

La noche se hacía a cada momento más oscura, y tanto, que casi no se distinguía la sombra de la habitación. Después de haber andado un rato a tientas, al fin dieron con la puerta de la cocina, la que estaba cerrada apenas con un rejo y un palo atravesado. Abrieron fácilmente y entraron; el fogón entre las piedras, en medio de la pieza, daba un ligero resplandor que les permitió ver que no había nadie allí; sin embargo, un gato dormía entre la ceniza, el cual asustado se levantó y quiso salir, tropezando con los dos hombres, los que no sabiendo qué era aquello, con dificultad ahogaron un grito de terror.

El gato huyó despavorido y todo quedó otra vez en silencio.

—¡Manos a la obra! —exclamó en voz baja Ramón—; enciende tú el cabo de vela que tengo aquí, pero primero tráncate la puerta con aquel palo.

En aquel momento el reloj dio las dos de la mañana. El sabanero se quitó la ruana y el sombrero, tomó las herramientas, se dirigió a un rincón de la cocina y empezó a cavar con grande ánimo mientras que el zapatero le alumbraba.

De repente se detuvo, examinó el agujero que había hecho y, tirando al suelo la barra sin precaución, dijo casi en alta voz:

—¡Se lo han sacado!

—¿Cómo lo sabes?

—Porque la tierra está fofa, y además no encuentro la piedra que había puesto encima del hoyo.

—Eso nada prueba, cava otra vez. Es probable que hubiesen sacado la piedra, pero sin encontrar la plata.

Ramón animado con estas palabras, volvió a tomar las herramientas y empezó a cavar de nuevo. Pero fue en vano, pues aunque hizo un hondísimo hoyo nada encontró. Entonces tirando otra vez la barra al suelo se sentó con aire abatido y sombrío. Nicolás, indiferente e importándole poco las penas de su antiguo amigo, se sentó también en silencio: entrambos miraban callados el agujero; y la vela de sebo, chisporroteando, goteaba por en medio de los dedos del zapatero dejando una huella en el suelo.

—¡Me ocurre una idea! —exclamó de repente Ramón—: ¿no dices que la *Lucero* y su hija, que estaban en la miseria, resultaron de repente ricas?

—Ricas no, pero dicen que se encontraron un santuario.

—¿Ya ves? ¡Mil demonios! ¡Ese santuario era el mío!...

—¿Cuánto tenías, pues?

—No bajaba de quinientos pesos, fruto de muchos meses de...

—De robos —añadió el otro viendo que no continuaba—. No sabía que te hubiera ido tan bien.

Ramón continuaba mirando en torno suyo con ademán colérico.

—Ya que nada encontramos, vámonos —siguió diciendo el tuerto.

Ramón le miró con ira, y dijo:

—¡Todavía no! Me queda una esperanza: tal vez me equivoqué; voy a buscar en todos los rincones de la cocina. Así lo hizo; pero nada encontró.

En ese momento oyeron dar las cuatro de la mañana en el reloj de la iglesia. Entonces Ramón, poniéndose la ruana y el sombrero, sopló la vela sin hablar palabra y fue a abrir la puerta, mientras que el zapatero recogía las herramientas. El gato maullaba en la puerta tratando de entrar; el bandido al verle quiso desahogar su rabia, y dándole un puntapié el desgraciado animal fue a caer expirante a algunos pasos de distancia.

Pocos momentos después los dos hombres se separaban en la calle; Nicolás tomó el camino de su casa y Ramón se perdió entre las sombras después de haberle dicho a su compañero:

—Nos volveremos a ver.

III

No se había equivocado Ramón; la Juana se consideró rica un día en que, al querer sacar una piedra de un rincón de la cocina, se encontró varias mochilas de plata y algunos trozos de oro machacados. Al momento compró la casita en que vivía y el terreno, sobrándole lo bastante para abastecer una tiendita de botillería con cuyo balance ganaba la vida.

En breve la *Lucero*, como la llamaban desde su juventud, se vio muy adulada y bien acogida por todos, y se creía muy feliz, puesto que no solamente vivía con desahogo, sino que poco a poco iba formándole una dote a su hija con sus cortas ganancias. La chica creció tan bonita como lo fue la madre, y tuvo naturalmente varios pretendientes; sin embargo, se inclinó a Avelino, quien, a pesar de su salud achacosa desde la mortal herida que había sufrido, y de que su madre era muy exigente y regañona, tenía tal reputación de honradez y buen carácter, que se granjeó no solamente la estimación de la madre, sino el cariño de la hija. El matrimonio se había arreglado definitivamente en aquellos días, debiéndose celebrar apenas se abriesen las velaciones a principios de enero.

Todos estos pormenores los supo Ramón en los subsiguientes días, y sintió crecer en su corazón un odio tan mortal hacia su antigua víctima, que creyó morirse de ira y despecho si no se vengaba pronto y ponía término a la felicidad de Avelino. He aquí un hecho extraño pero verdadero, que se observa en mayor o menor grado en todo ser humano: el hombre ama a aquel a quien ha protegido y hecho beneficios, y odia a las víctimas de sus malas pasiones, considerándolas seguramente como una viviente reprobación de sus actos. Además de todos estos motivos de odio que tenía hacia Avelino, viendo en él la encarnación de su pasada vida, Ramón no podía olvidar que aquel había sido la causa de su castigo; además, su furor llegó al colmo al descubrir que su víctima debía heredar sus mal habidos bienes, y que disfrutaría de su tesoro.

Mientras que maduraba sus planes, el sabanero anduvo algunos días errante y ocioso por el pueblo, obligando al zapatero a que le suministrase cuanto necesitaba. Su idea fija era reconquistar su dinero perdido, y averiguó mañosamente si la Juana habría también enterrado sus economías y si en su casa guardaba objetos de valor; pero pronto se persuadió de que el dinero que tenían lo habían puesto a rédito, y que las dos mujeres vivían modestamente y no poseían ninguna finca de valor. Además, se encontraba imposibilitado para obrar con libertad, estando bajo la vigilancia de la policía, que no dejaba de inspeccionar sus movimientos, y el temor de

volver al presidio paralizaba sus intenciones criminales. Sin embargo, una tarde tuvo un altercado con su excompañero el tuerto Nicolás, quien estaba ya cansado de sus exigencias y le notificó que no volvería a suministrarle más dinero. Exasperado con esto, despechado y lleno de deseos de venganza, se dirigió al caer el sol a la casa de Avelino, llegando a ella en el momento en que el peón salía para ir a visitar a su novia.

—Necesito hablar con usted —le dijo, entrando en la sala envuelto en la ruana y con el sombrero calado hasta los ojos.

—Veamos qué quiere usted de mí —contestó el otro, ofreciéndole cordialmente un asiento.

Ramón se sentó, diciendo:

—Le advierto a usted que es preciso que hablemos a solas.

—Está bien; no hay nadie aquí, como usted ve.

—¿Como que usted no me ha reconocido? —preguntó el bandido levantándose el sombrero y descubriendo su faz morena y escuálida y su mirada torva y audaz.

—¡Ramón! —exclamó Avelino, apartándose instintivamente de su visitante.

—El mismo —contestó el bandido.

—¿Y qué quiere usted de mí?

—Se lo diré a usted: no tengo un real para almorzar mañana y necesito plata... Hace pocos días que salí de la Penitenciaría, y mientras estuve allí me robaron lo que tenía.

Hablaba Ramón con los ojos bajos, y Avelino creyó que su acento era humilde; así fue que le tuvo lástima.

—No puedo darle a usted plata —le dijo—; pero si quiere trabajo...

—¡Trabajo! Lo que pido es plata —contestó el bribón poniéndose en pie.

—Lo siento, pero no tengo —dijo Avelino fríamente.

El sabanero se le acercó y le dijo con su voz ronca e insolente:

—Le aconsejo a usted que me dé lo que le pido.

—¡Lindo consejo... de amigo! ¿Pretende usted que yo le dé plata, porque intentó asesinarme una vez?

—*Usted* mismo lo dijo... por culpa suya me mandaron al presidio; ¡por *usted* me quedé en la miseria y *usted* se irá a los infiernos cuando yo le mande allá!

—¿Muy agradable le pareció a usted el presidio, puesto que quiere volver a él?

—¡No tanto como encontrará usted mi cuchillo, calentano malcriado! —exclamó el sabanero, ya furioso.

Avelino estaba cerca de la mesa donde por casualidad se hallaba una escopeta de su uso; la tomó, y se la mostró al bandido diciéndole:

—Si hace usted un movimiento, se la disparo a boca de jarro.

—¡Ojalá la dispare usted! Iría al presidio en mi lugar.

—No, porque tendría testigos en mi favor.

Efectivamente dos arrieros amigos de Avelino se habían detenido a la puerta y presenciaban toda la escena.

Ramón les vio y, calándose el sombrero con aire resuelto, dijo:

—Yo no tengo armas.

Así era, en efecto.

—Volveré después —añadió entre dientes—, y arreglaremos cuentas.

—¿Qué sucede aquí, Avelino ? —preguntó uno de los recién venidos.

—Este hombre que ha venido otra vez a amenazarme.

—No tenga usted cuidado —contestó uno de los arrieros—; si usted quiere, se lo llevamos al alcalde para que le haga poner en la cárcel.

—No hay necesidad —contestó el buen hombre con dignidad—: ¿para qué me había de querer matar? Además, él sabe que si vuelve, yo tengo con qué defenderme.

El otro arriero, que había estado mirando al sabanero de hito en hito, exclamó a la sazón:

—¡Cojamos a este hombre! ¡No es nada menos que Ramón el sabanero!

—¿Qué le importa a usted quién soy? —dijo el bandido con insolencia.

—A mí personalmente nada; pero sí a las autoridades, puesto que usted debe de haberse fugado de la Penitenciaría.

—Aunque no tengo cuentas que darle a nadie, diré aquí que me pusieron en libertad hace quince días... Ábranme campo —añadió—; me voy... por ahora.

Avelino pidió que le dejasen salir, y en breve se perdió en lontananza el ruido de sus pisadas.

—No se quede usted solo aquí esta noche, Avelino —le dijo uno de sus amigos—; aquel hombre tiene muy mala cara.

—¿Para qué me había de hacer daño? Yo no tengo aquí nada que me pueda robar. Si me vuelve a amenazar le pondré la queja al juez.

—No sea imprudente; esto puede ser serio.

—Si a ustedes les parece así, ¿por qué no se quedan aquí esta noche acompañándome?

—No podemos; hemos ofrecido quedarnos en la casa de don Bernardo para madrugar a coger las bestias porque debemos llevarle mañana a Facatativá unas cargas de azúcar.

—Pero —repuso el otro—, creo que sería más prudente que se fuera usted a quedar esta noche en casa del patrón José; si usted quiere, le acompañaremos hasta la puerta.

—No, señores, muchas gracias; prefiero quedarme en casa esta noche: mañana veremos lo que deba hacer.

No fue posible que se persuadiera Avelino de que corría riesgo aquella noche, y los dos arrieros se separaron de él recomendándole que cerrara bien las puertas. Efectivamente, esa fue la única precaución que tomó, quedándose en su casa en lugar de salir.

Entre tanto, nuestro bandido pasaba el río y volvía al pueblo; al principio caminó lo más aprisa que pudo, pero poco a poco fue deteniendo el paso, y se dirigió lentamente, con la cabeza inclinada y la mirada torva, hacia la casa del zapatero.

La mujer de Nicolás que le vio llegar le dijo a éste: «Allá viene otra vez aquel hombre de la ruana parda que tanto te ha buscado últimamente. No me gusta su *facha*; ten cuidado, esas amistades no son buenas».

Nicolás no contestó sino que salió a recibirle y, después de haber hablado algunas palabras en voz baja, se fueron juntos. La mujer del zapatero permaneció en la puerta y con la mirada les siguió hasta que se perdieron en medio de la oscuridad.

«Presiento alguna desgracia», pensó ella, y se fue a sentar en un rincón de la sala con aire abatido.

Tarde de la noche volvió Nicolás ebrio a su casa, y a esa misma hora Ramón, con paso incierto y la mirada encendida por el licor, se dirigía otra vez hacia la casa de Avelino.

Era una bellísima noche, llena de claridades y de sombras misteriosas, de luces vagas y momentos de oscuridad repentina; lejanos relámpagos resplandecían por instantes iluminando el paisaje con rojos tintes y haciendo contraste con el azuloso brillo del planeta Júpiter y la callada armonía de los demás luceros.

El bandido penetró con los movimientos rastreros de la serpiente, por debajo del cercadito de guaduas del solar de Avelino. Se acercó

cautelosamente a la casa y empujó las puertas y ventanas una a una: todas estaban cerradas y trancadas por dentro; entonces se detuvo un momento a meditar en lo que haría. Inclinándose recogió algunas piedras que encontró en el suelo, se llenó con ellas los bolsillos y tomó el camino del solar, lo atravesó y se acercó a la *manguita*[41] donde pacían las dos mulas y el caballo de Avelino. Los animales se estremecieron al ver la sombra del sabanero y salieron corriendo en diferentes direcciones; él les tiró algunas piedras con las que se asustaron aún más, y con la bulla que hicieron despertaron los perros de las casitas más vecinas, los que empezaron a latir y aullar por todas partes. Seguramente Avelino no tenía perro, puesto que no se oyó ningún ladrido cerca. El bandido se agazapó y ocultó tras de unos matorrales, cerca de la vereda que conducía del huerto a la manga, y permaneció allí largo rato. Viendo que todo volvía a calmarse y que en la casa nadie se movía, recordó que los animales más ruidosos eran las gallinas, y empezó a tirar piedras del lado en que éstas dormían, espantando al mismo tiempo a los animales de la manga. La bulla fue entonces peor y el cacareo de las gallinas y las carreras de las mulas y el caballo despertaron a los habitantes de la casita.

Avelino se incorporó sobresaltado, llamó a un muchacho que le servía de peón y dormía en la sala, y preguntóle si había oído el ruido en el solar.

—Sí —contestó—; seguramente son las vacas del potrero de don Bernardo que se quieren entrar.

—Anda a ver qué es lo que hay.

El bandido oyó abrir la puerta de atrás de la casa y se volvió a ocultar entre los matorrales; creyó que la sombra que se acercaba era la de Avelino y, desenvainando un cuchillo, aguardó; el muchacho pasó a su lado casi rozándose con él, pero nada vio; y volvió a entrar a la casa diciendo:

—No vi nada, don Avelino; la noche está oscurísima.

Esta escena se repitió varias veces durante la noche. Avelino, que tenía un sembradito de maíz en el solar y temía que se entrase el ganado a hacerle daños, olvidó con esta preocupación el riesgo personal que corría.

Ya habían cantado todos los gallos de la vecindad y se notaba sobre los cerros, a espaldas del Valle, un resplandor vago precursor de la aurora, cuando Ramón fatigado con su incómoda posición, entumido e impaciente, se levantó del suelo donde había permanecido oculto, y fue a dar una vuelta en torno de la casa; se acercó nuevamente a todas las puertas y las empujó, deteniéndose particularmente junto a aquella que daba sobre el patiecillo

interior, y dio varios golpes contra la pared y la ventanilla del dormitorio de Avelino; enseguida se acercó para procurar oír lo que pasaba adentro; oyó la voz de Avelino que decía dirigiéndose a su madre.[42]

—Ya casi será la madrugada... y he estado oyendo andar por todo el contorno de la casa, dando topes contra las paredes. Este muchacho no habrá visto bien, y de seguro se han entrado las vacas al maizal: yo mismo voy a ver...

Ramón no quiso escuchar más; de un salto volvió a su escondite y se situó entre las altas plantas que crecían a orillas del senderito que conducía al maizal.

Avelino abrió la puerta con precaución: la aurora, aunque no alumbraba todavía, daba cierta claridad indecisa, y bajo esta media luz los objetos tomaban extrañas formas; el pobre hombre creyó notar bultos y sombras que se movían por el lado de la sementera y se dirigió a ellos... Pero apenas había dado algunos pasos por la vereda, dio una gran voz, y cayó de espaldas sobre la yerba cubierta de rocío.

—¡Me han matado! —exclamó apoyando las manos sobre el pecho y procurando ponerse en pie; pero no pudiendo levantarse, volvió a dar consigo en el suelo.

El asesino salió de entre las matas, con el cuchillo ensangrentado en la mano, e inclinándose sobre su víctima, la miró: Avelino volvió los ojos y fijándolos en su verdugo, le miró con una expresión de profunda melancolía y dolorosa reconvención. Ramón se estremeció y, como obrando bajo un impulso para él hasta entonces desconocido, y atraído por la mirada luminosa de su víctima, permaneció allí sin movimiento y aterrado hasta que vio pasar por la fisonomía del caído la última agonía de la muerte. Aquella escena muda duró apenas algunos segundos; pero el bandido creyó que aquella agonía había durado años de horrible martirio para él.

En ese momento oyó pasos que se acercaban, y por primera vez de su vida huyó despavorido, llevando clavada en el corazón la horrible saeta del remordimiento.

Entretanto la madre de Avelino, que le había sentido levantarse, oyó en seguida el grito que dio al caer; se incorporó aprisa y saliendo a medio vestir se dirigió hacia el cuerpo postrado de su hijo: la aurora con su luz de grana iluminó casi de repente el paisaje, descubriendo al mismo tiempo el lívido cadáver de Avelino... la desgraciada madre se tiró sobre él y

abriéndole la camisa encontró sobre la región del corazón una horrible herida.

IV

Mientras eso Ramón huía... las sombras de la noche habían desaparecido para dar lugar a la claridad del sol. Aturdido, aterrado, temblando, asustado con el ruido de sus propias pisadas, temiendo encontrarse con alguien que pudiera verle y al mismo tiempo lleno de horrible y cobarde miedo al encontrarse solo, permaneció largo rato oculto detrás de un barranco del otro lado del río. Pero la luz era más clara a cada momento, y oyó lejanos gritos y el rumor de la gente que acudía al lugar donde se había perpetrado el crimen; era imposible permanecer más tiempo allí: los ojos de su víctima no se le apartaban de la memoria un momento y los veía en todas partes. No, era imposible estar solo; salió de su escondite, tomó una calle excusada y sin que nadie le viese llegó a la casa de su antiguo cómplice, en el momento en que aquél salía a la puerta. Al ver a aquel hombre desgreñado y con los cabellos llenos de las hojas secas y basuras que se le habían pegado durante su fuga por debajo de las cercas, al notar su mirada torva y despavorida, sus vestidos ensangrentados y aspecto asqueroso y fatal, el zapatero sintió circular por sus venas una corriente helada y se estremeció:

—¿Por qué vienes sin sombrero? —preguntó sin saber lo que decía.

El otro se puso la mano en la cabeza y por primera vez notó que le faltaba el sombrero.

—No sé —contestó con dificultad—; se quedaría allá.

—¿Dónde?

—Hombre, calla y déjame entrar.

Y precipitándose en un rincón de la zapatería fue a caer temblando sobre un banco. Allí permaneció callado, oculta la cara entre las manos, y sin querer responder a las preguntas del zapatero; solamente de vez en cuando murmuraba entre dientes:

—¡Los ojos!... ¡Oh! «¡Me han matado!».

Una hora después se presentaban las autoridades en casa de Nicolás, preguntando por Ramón el sabanero; el tuerto le mostró temblando, pero el asesino no se movió ni quiso contestar a ninguna de las preguntas que le hacían. Al fin se le ocurrió a uno de los circunstantes decirle de repente:

—Aquí tiene usted su sombrero, póngaselo y en marcha para la cárcel.

—¡Mi sombrero!...

—Sí, aquí lo tiene usted: ¿no es el suyo?

—Sí, démelo usted acá.

—¿Dónde lo dejó anoche? —le preguntaron.

No fue posible hacerle contestar; pero las pruebas eran tan convincentes que le llevaron para la cárcel en unión del tuerto, en cuya casa habían encontrado al asesino. El zapatero no las tenía todas consigo, y temblaba pensando que se podía llegar a saber que él había tenido que darle el cuchillo a Ramón para que perpetrase el crimen; la noche anterior se lo había pedido, amenazando matarle si no le daba lo que pedía; pero felizmente para el tuerto, el sabanero parecía haber cambiado de carácter desde aquella madrugada: callado, taciturno, no hablaba sino aquello que no podía evitar, y a todos los cargos que le hicieron contestaba solamente inclinando la cabeza con humildad.

Ramón fue condenado al *máximum* de la pena, es decir, diez años de encierro penitenciario; oyó la sentencia en silencio pero agitado y temblando, y esa misma noche le acometió una fiebre violenta. Apenas duró algunos días: su delirio era constante, repitiendo sin cesar:

«¡Esos ojos!... ¡esos ojos, Dios mío!... ¡me atraviesan como un puñal; me reconvienen... me persiguen... me prenden... me matan! Quítenlos de la pared, que me miran desde allí... arránquenlos del suelo, que me atraen. ¡Escóndanme, ocúltenme, que no puedo verlos sin morir!...».

Después de la muerte de Ramón, y no encontrando en realidad nada contra Nicolás, le soltaron al fin y él volvió a su casa mohíno y cabizbajo; pero desde aquel tiempo su mujer no tuvo por qué quejarse de él: era un modelo de humildad y honradez.

¿Y la madre de Avelino?, preguntarán. Parece que entre la gente del pueblo tienen una manera de sentir diferente de la nuestra. *Ñuá* Regina se afligió los primeros días, pero en breve se le secaron las lágrimas, manifestándose sumamente airada cuando le pasaron la cuenta de lo que había costado el modesto entierro de su hijo.

«Me han hecho gastar mucho en el entierro», decía, «y ahora que ya no tengo quien trabaje para mí, ¿cómo podré reponer esos pesos? Avelino se fue para la otra vida antes de poderme dejar algo de consideración para mi vejez... ¡Cuántas veces le dije que comprara el terreno en torno de la casa para no tener que pagar el *arriendo*! ¡Muy dura es la vida, en verdad!», añadía dando un suspiro...[43]

FIN

Notas

[21] Relato publicado en cinco entregas en el periódico *El Bien Público*, números 30 a 34, entre el 11 y el 25 de noviembre de 1870. El día en que concluye «Una venganza», en el mismo folletín comienza la publicación de *Laura*. Se publica firmada por Aldebarán, uno de los seudónimos de la autora.

[22] Gramínea que crece hasta 3 m de alto, originaria de África. Se cultiva como forraje en climas cálidos y templados.

[23] Así aparece en el original. Podría ser recio, y la «a» un error del cajista.

[24] Tela delgada de algodón, teñida de añil.

[25] La historia se desarrolla en el valle del río Magdalena, el más importante de Colombia y la principal vía de comunicación en la época.

[26] Vasija de barro sin vidriar, en forma de ánfora, sin asas o con una sola (NDA).

[27] Honda es el principal puerto del alto Magdalena o, mejor, el puerto que en la época separa el alto Magdalena del Magdalena medio. Era el último puerto que alcanzaban los barcos a vapor en su ascenso hacia el interior del país.

[28] Aquí termina la primera entrega.

[29] Palma de tronco delgado y hojas en abanico, de hasta 25 m de alto. De sus hojas se extraen fibras para hacer esteras.

[30] Se refiere a Bogotá, sede del virreinato de la Nueva Granada. Llamarla «Reino» es un recuerdo de la época colonial o un remanente de las relaciones coloniales.

[31] Puerto sobre el río Magdalena, arriba de Honda, importante también en la época.

[32] Látigo de cuero.

[33] Puerto del bajo Magdalena, muy importante durante la colonia y el siglo XIX, situado ya en la región Caribe.

[34] Poblado localizado 50 km al norte de Bogotá, en la altiplanicie que se conoce como *sabana*. El trayecto entre la sabana y el valle del Magdalena suponía en la época remontar la cordillera oriental y tomaba varios días a lomo de caballo o de mula.

[35] Aquí termina la segunda entrega.

[36] Camilla rústica.

[37] Hierba de hojas grandes en forma de abanico. De sus hojas se extrae una fibra empleada para hacer escobas y sombreros.

[38] Aquí termina la tercera entrega.

[39] Zarigüeya o chucha, mamífero marsupial de hasta un metro de largo, pelaje tupido, cola pelada como la de las ratas. Carnívoro, nocturno. Hace nido en las ramas de los árboles.

[40] También puede ser Norbios. Enredadera de flores de olor penetrante.

[41] Se le llama manga al potrero pequeño.

[42] Aquí termina la cuarta entrega.

[43] Aparece firmada por Aldebarán, en septiembre de 1870.

